

## NUMERO 90

## Continuación de la 21ª sesión de prórroga. 2 de Febrero de 1912

## PRESIDENCIA DEL DR. VICTORINO DE LA PLAZA

SUMARIO: I.—La comisión nombrada para revisar las pensiones vetadas por el Poder Ejecutivo, comunica haberse constituido y designado como presidente al señor Senador Echagüe.

II.—Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Negocios Constitucionales del proyecto de ley, en revisión, sobre reforma a la Ley Electoral. No termina.

## Señores Senadores

Carbó  
Civit  
Echagüe  
Garramuño  
González  
Güemes  
Guñazú  
Irigoyen  
Láinez  
Maciá  
Mendoza  
Olacoea y Alcora  
Padilla  
Pinto  
Posse  
Resoagli  
Terán  
Villanueva (B.)  
Virasoro

En Buenos Aires, a los dos días del mes de Febrero de mil novecientos doce, reunidos en su sala de sesiones el señor Presidente, los señores senadores al margen consignados, con la presencia del señor Ministro del Interior, doctor Indalecio Gómez, ausentes los señores senadores Carrillo, Godoy, Malbrán, Ovejero y Villanueva (E.) (con aviso), Del Pino, Funes, Peña y Soldati (con licencia), dice el

**Sr. Presidente**—Continúa la sesión con diez y siete señores senadores presentes.

## I

**Sr. Secretario Ocampo**—La comisión nombrada para revisar las pensiones vetadas por el Poder Ejecutivo se ha

constituido, nombrando Presidente al señor Senador Echagüe.

**Sr. Presidente**—Continúa con la palabra el señor Senador por La Rioja.

## II

**Sr. González**—Expresaba, señor Presidente, mis dudas respecto a la eficacia del sistema que el Poder Ejecutivo se propone poner en práctica para hacer efectiva la promesa formulada en su mensaje, y que parece ser el espíritu que ha inspirado la reforma, es decir, estimular la vida cívica del país, la formación de los grandes partidos—esta vieja frase tantas veces repetida—y corregir todos los vicios y corruptelas inherentes a nuestras prácticas electorales; y dije que dudaba de la eficacia de este sistema para realizar estos nuevos propósitos, en vista de los inmensos defectos y de la insuficiencia probada en otras experiencias extrañas. Los efectos morales que el Poder Ejecutivo se propone obtener con este sistema no van a verse producidos. He dicho que la lista incompleta, como su mismo nombre popularizado parece indicarlo, tiene todos los inconvenientes de la lista com-

pleta y todos los inconvenientes de una cosa incompleta; porque no es escrutinio de lista ni es sistema proporcional. El escrutinio de lista puesto en práctica en Francia, como se sabe, por la política de Gambetta, sirvió en su hora para detener los efectos de la desorganización y de la disolución social y política; pero bien sabido es también, y Hanotaux, en su última magnífica «Historia de la Francia contemporánea», lo demuestra, cómo las alternativas entre el sistema de lista y el sistema uninominal han sido correlativos con las alternativas de la dictadura y de la demagogia. Cada vez que la dictadura ha amenazado a la Francia se ha apelado al sistema uninominal, y cada vez que la demagogia ha amenazado, ó se ha temido la disolución de los vínculos políticos, se ha apelado ó querido apelar a la concentración de los poderes en mano de los gobiernos ó de las mayorías oficiales, y, por lo tanto, se ha creído que el sistema de lista completa era el más á propósito para salvar la situación.

Pero el progreso de la razón pública en Francia, como en otros países de Europa, ha sido tan grande, que cada día desaparecen los peligros de la demagogia; pero, en nuestra raza latina americana ellos persisten y persistirán mientras existan las condiciones esenciales de incultura y resistencia a las evoluciones principistas, y esos peligros son los de la dictadura, de la concentración de poderes, del predominio personal de los caudillos grandes ó chicos. Yo temo que en la práctica este sistema nos traiga mayores males todavía que los de la lista completa. En nuestro país hay que tener en cuenta las costumbres, los vicios transmitidos de generación en generación y así piensan políticos eminentes, y el mismo Poder Ejecutivo lo ha manifestado, al decir que nuestros vicios en materia política se hallan hondamente arraigados.

La lista incompleta da como la completa el predominio al partido dominante, al partido que reúne alrededor de la lista los mayores favores oficiales y la concentración de influencias que hacen siempre del partido oficial una fuerza incontrastable, erigida en supremo dispensador de todo derecho, y de acceso y participación en el gobierno, y

se aprovechará de todas esas facilidades para distribuir las posiciones según las conveniencias del momento y las transacciones posteriores. Es esto lo que ha hecho decir á un autor francés que este es el sistema de la «corrupción de las minorías»; calificativo que parece formulado para nuestro país, donde el escrutinio de lista, la necesidad de conservar la paz y el orden en medio de continuadas discordias civiles, han fomentado los acuerdos de partidos, los avenimientos de círculos ó personas, y para usar de una palabra, puesta en boga en su hora, las «componendas»; y todo esto ha nacido de que estos sistemas absorbentes no permiten en ningún caso á las minorías triunfar por su propio esfuerzo. Tanta ha sido la necesidad de dar representación á las minorías ó de apartar, por lo menos, la presencia de las minorías en los consejos de gobierno, que cuando ha predominado una voluntad única en las elecciones generales, en los plebiscitos ordinarios de nuestro país, cuando no se ha podido obtener el voto de las minorías, los gobiernos participaban con los comités en la formación de las listas electorales, teniendo siempre la deferencia de ceder algunas bancas á las minorías, para de esa manera compensar, en la práctica del gobierno, las distintas opiniones, siempre, por supuesto, dejando á salvo contra toda contingencia la integridad de la mayoría oficial.

De manera, señor Presidente, que el sistema actual de la lista incompleta asegura á la mayoría el predominio omnímodo de siempre, y deja para las minorías la posibilidad de ser favorecidas con arreglos ó «componendas» con la mayoría; de manera que es un sistema, que en vez de venir á purificar el ambiente político del país ofreciendo estímulos reales y suficientes para el voto espontáneo, viene á convertir en ley, el más feo de los vicios políticos, que hemos nosotros cristalizado en nuestra larga vida, es decir, viene á dar existencia legal y constitucional al sistema contrario al régimen republicano y representativo, al de los acuerdos, de las componendas, de las «ententes», y de todo género de negociaciones con que, sabemos, se han orillado las grandes y pequeñas dificultades y conflictos.

El sistema, señor Presidente, está muy lejos de realizar los ideales del Poder Ejecutivo. Desearía, naturalmente, equivocarme yo, antes de tener que reconocer el error del pensamiento del Poder Ejecutivo; porque es tan grave, y los resultados y las consecuencias un desastre en la aplicación de este sistema serán tan funestas para la República, que temo, y aún podría afirmar, importará para nosotros un retroceso de medio siglo en la formación de la cultura política de nuestro pueblo.

Decía,—y no creo ser indiscreto por el carácter general de la observación,—el señor Ministro, en alguna de las reuniones de nuestra Comisión, que no encontraba relación alguna entre la obligación del voto y el sistema uninominal. Hago pública la observación, porque la encuentro fundamental del punto de vista de las observaciones con que este sistema se combate. Existe una relación tan profunda entre la obligación del voto y el sistema electoral, como que el uno puede decidir del ejercicio del otro; y así vemos que, mientras por un lado la obligación del voto y la coerción gubernativa a los ciudadanos, los induce a concurrir a los comicios, procurando hacerlo en el mayor número posible, por el otro se les rechaza, alejándolos en absoluto de toda participación en la designación de sus candidatos. Por medio de la lista incompleta, la mayoría del partido predominante, ó de aquel que consiga las mayores influencias posibles y eficaces, y de aquellas incontrastables, tendrá el predominio absoluto del teatro electoral del país; y, á su vez, tendrá la facilidad, el privilegio envidiable, de poder llamar á su seno, á compartir las tareas del gobierno, á las minorías que le sean más adictas y simpáticas, y que le ofrezcan más seguro concurso.

Por otra parte el estímulo del voto, que, más que la obligación del voto, debe ser el verdadero desiderátum de la ley, no puede realizarse por este sistema, porque se invita al pueblo á los comicios,—y creo que con la más alta y profunda sinceridad el Poder Ejecutivo lo hace, llamando á todos los partidos á compartir de las contingencias y de los esfuerzos de una lucha electoral libre y abierta; pero, en cambio, el sistema le cierra la puerta al elector espontáneo, á

aquellos grupos ó á aquellos individuos que no se someten á la ley de un partido político preestablecido, y que no pueden ponerse en contacto ó entenderse con la mayoría. Esos no tendrán nunca acceso al comicio, ni probabilidades de conseguir un asiento en las Cámaras, y serán siempre los desterrados, los parias de la vida política, y serán los gérmenes de las futuras revoluciones que vengán á conmover de nuevo el organismo institucional del país.

Así tenemos la disyuntiva, ó el vicio hereditario, perenne entre nosotros, del acuerdo, de las combinaciones de partidos, con la exclusión absoluta de los elementos espontáneos que buscan por propia inspiración participar en los asuntos y negocios del Estado; para los cuales será una desilusión muy grande, cuando llegue la hora de practicar esta ley por los partidos en lucha, que concurren á los comicios al amparo de las garantías que hoy se les ofrecen, cuando se encuentren con las puertas cerradas, con que todos los esfuerzos han sido inútiles y que es mejor disolverse que organizarse.

No es posible que este sistema realice el ideal supremo del estímulo del voto, porque es sabido, en la historia del derecho electoral y de las leyes comiciales de todo el mundo, que la única cosa que ha movido las masas populares á votar es el interés directo y personal del elector en la elección. Ninguna argumentación, ningún esfuerzo imaginativo puede demostrar, y menos probar, que una masa humana que se mueve por sentimientos humanos y por móviles humanos, tenga interés en votar por quien no conoce; tenga interés en una lista anónima y abstracta, hecha lejos del asiento de sus intereses y de sus afecciones, para llevar á las funciones públicas á regir los propios negocios, á individuos enteramente desconocidos y sobre los que no existe la más mínima fe ni la más mínima confianza de parte del elector.

Será inútil que sancionemos las leyes más draconianas sobre el voto, que multipliquemos los brazos de este pulpo oficial que va á vigilar la sinceridad del voto y la realidad del ejercicio del derecho de sufragio, porque se producirá algo semejante á esa enfermedad de que hablaba el Conde de Mun, que

se producía entre los soldados franceses que hacían la guardia colonial en el Africa, la enfermedad del *caffard*. La enfermedad del *caffard* es la enfermedad del desaliento, de la desesperanza y de la absoluta falta de fe en el resultado del esfuerzo, y se producía en aquellos soldados que, habiendo pertenecido á Alsacia y Lorena han quedado sin hogar, sin arraigos de familia, y á quienes se les obliga á prestar servicios en las regiones enfermizas del Africa, los cuales ofrecían este caso curioso, recordado por aquel ilustre escritor—que centinela colocado en un lugar apartado con la consigna de no abandonarlo, bajo pena de muerte, prefiere ser fusilado á seguir prestando su servicio. ¿Por qué? Porque no tiene ambición ninguna, porque no reconoce un hogar al cual vincularse, porque ha perdido la fe en toda recompensa, y porque, en realidad, no hay enfermedad más dolorosa que la pérdida del ánimo y de la esperanza.

Puede ser que la primera vez consiga el Poder Ejecutivo, como decía, al calor de sus nobles promesas y de su propaganda digna del mayor encomio, llamando á los ciudadanos á la vida cívica y tratando de despertar el entusiasmo, y como en las evocaciones bíblicas, resucitar el muerto de la leyenda; pero las leyes solas no resucitan muertos; es necesario que sobre el mandato de la ley vaya renaciendo la vida en el organismo de la Nación, y esto no puede ser una ficción, un artículo, ni un mandato de la ley: tiene que ser un hecho, un interés real, un móvil humano que sepa devolver á la masa la fe perdida; y será la participación inmediata en los consejos de la candidatura común, y no la fría delegación de todo poder en los comités centrales, ó en las juntas ó comisiones, que resuelven del destino de las candidaturas electivas hasta de las últimas poblaciones de la República.

Todos los partidos existentes en la actualidad y que tienen una organización permanente han mantenido siempre el anhelo manifesto, y lo han probado á veces, y lo han intentado muchas, de mover las masas y conducir las efectivamente á los comicios. Cada vez que un hombre de Estado ó un alto caudillo político ha logrado hacer llegar la convicción de sus anhelos al ánimo público, es doloroso decirlo, si alguna

que otra experiencia ha dado resultado consolador la primera vez, á la segunda prueba los ánimos han caído, y la esperanza se ha perdido, el retroceso, el movimiento de atraso ha sido mayor; y cada vez que esto sucede, ese movimiento de regresión es tan hondo, que él significa otra larga época para recuperar la fe, el entusiasmo para la lucha.

Los actuales partidos yo creo que irán á los comicios; se oye el rumor de preparativos y organizaciones para el fin de honrar estas promesas, que soy el primero en creer, de parte del presidente de la República y de su digno Ministro del Interior, en el sentido de ofrecer al país comicios libres, seguros y garantidos. Pero es que el mecanismo de la ley va á hacer frustrar en la práctica todos esos impulsos de ahora; y por eso no creo que ha sido acertada la elección del sistema. Puede ser que en su fondo lleve una gran virtud evocativa, como puede ser que dentro de una caja cerrada exista una inmensa fortuna; pero la llave para abrir el tesoro hay que descubrirla; hay que fabricarla estudiando el mecanismo; y también aquí hay que inventar la llave mágica para abrir ese precioso tesoro del sentimiento cívico argentino que todos los psicólogos, todos los hombres de estudio observan, denuncian y analizan, y que tampoco aciertan á precisar. Me parece que no se necesita ser un sabio ni un profeta, para afirmar ciertas verdades generales; y así yo digo,—y la doctrina científica no es mía, pertenece á escritores de mayor autoridad,—el gobierno es una cuestión de hecho, es una acción humana, y todo lo que salga de este carácter, de este título y de este móvil, será impotente para despertar y mover el espíritu público atormentado ó abatido.

El sistema de la lista incompleta es un sistema oficial; porque, como ya he dicho, aparta al elector del elegido y mata en él todo entusiasmo, todo estímulo.

Por otra parte, todo buen sistema electoral es una escuela permanente; y si todos los gobiernos se proponen despertar el espíritu cívico y hacer de esto una costumbre nacional, debe tratarse de que el sistema sea en sí mismo una escuela; y no puede ser escuela de civismo ni origen de despertamiento de los entusiasmos cívicos, un sistema que

no ofrece las seguridades y los estímulos suficientes para hacer el candidato un elegido directo de la masa comicial. El sistema contrario, el que yo he propuesto, tiene esta virtud suprema: es el único de los sistemas conocidos en el mundo que estimula la acción individual y, por lo tanto, es el origen de la formación de todos los grandes hombres de Estado de todos los países; porque, cada uno de ellos al salir de su edad juvenil ó de las aulas universitarias, sabe que, haciendo una campaña vigorosa dentro de un medio restringido, pueda obtener la victoria y colocarse en la tribuna parlamentaria donde pueda hacer conocer sus talentos y empezar á desplegar las grandes alas de su vida política. El escrutinio de lista no tiene esta virtud. En nuestro país no se debe al escrutinio de lista el hecho de que hayan surgido á la vida política los grandes hombres de Estado: se debe á su propio esfuerzo, al ambiente formado por los mismos gobiernos, á los resultados generales de la cultura y al prestigio propio de las ideas que cada uno de ellos ha enunciado y ha hecho conocer de sus conciudadanos. Pero nada de esto se debe al sistema de escrutinio de lista. Sabido es que los gobiernos, para formar los partidos en cuyo pedestal se apoyan, contribuyen por su propio honor y prestigio á formar las listas electorales; y es una gloria de esos gobiernos el haber coincidido muchas veces en la elección personal del candidato con los anhelos de la masa popular.

Quiero referirme á otra de las grandes promesas, de las grandes virtudes que se atribuyen al sistema de lista, ya sea completo ó incompleto. Es que se dice siempre que contribuye á la formación de los grandes partidos, al movimiento de las grandes masas de opinión, á la concentración de las grandes fuerzas sociales, por medio de las organizaciones generales que dirigen los vastos movimientos democráticos en países extensos y poblados.

Pero esto es, como decía, un argumento usual, más rutinario que científico en la literatura política, y pertenece ya á una época un tanto anticuada en la historia del derecho electoral, cuando aparecieron estos sistemas por

primera vez, sin contar la evolución de cerca de tres décadas que la sociedad civilizada actual ha realizado, y, por consiguiente, ha cambiado las bases sociales en que ellos se apoyaban. No puede ser incentivo á la formación de los grandes partidos un sistema que se apoya en la disolución de las fuerzas políticas organizadas y que no estimula á estas mismas fuerzas para el ejercicio espontáneo de sus derechos y de sus inspiraciones propias. Ya he dicho cómo el fraccionamiento de las mayorías permite á éstas distribuir las bancas por medio de transacciones que el estricto derecho parlamentario republicano repudia y condena. Esta es la manera de destruir los grandes partidos, de fraccionarlos por las dádivas, por la participación convenida de algunas bancas, de algunos puestos de los que deben resultar elegidos; y no puede haber nada más desmoralizador, ni nada más disolvente de las democracias que esto, de donde ha nacido el aforismo, el axioma constitucional y político, de que la transacción es la muerte del voto.

Si el Poder Ejecutivo tiene el propósito de hacer de esta ley el instrumento de la formación de grandes partidos, puede ser que, por un error de óptica muy habitual en los políticos entusiastas, se produzca un resultado contrario, y sea en la realidad el instrumento inventado para disolver los grandes partidos existentes y preparar la composición de otros nuevos. Yo creo que esta es una ley de disolución de partidos, no de formación de partidos. Los partidos actuales, si tienen la debilidad de renunciar á la gran ley de su cohesión histórica y orgánica, y consienten en participar de estos residuos de la mayoría, han decretado su disolución y su muerte. Yo creo, señor Presidente, que esto no está indicado por las altas razones de Estado, ni es un consejo que un hombre político argentino pueda dar al partido á que pertenece.

Como nuestro país, por su edad histórica, por el desarrollo de su cultura política, no ha llegado todavía, por desgracia, á la era de la constitución de los grandes partidos históricos tradicionales y rotativos, como en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, y Alemania, tendrá siempre, —mientras esto no se produzca por otro género de fuerzas ó

elementos, ó evoluciones de que sería largo hablar mientras esta formación de los grandes partidos no aparezca en el seno de la gran masa social—predominarán siempre las grandes aglomeraciones ó pequeñas agrupaciones accidentales destinadas, ó á sostener en épocas determinadas á los gobiernos que de un momento á otro pueden cambiar en nuestro país, ó á sostener situaciones locales, regímenes parciales ó regionales en el vasto y complicado mecanismo de nuestras instituciones. Y, además, es peligrosa la aplicación del sistema en un país federativo, porque, á los elementos de disolución orgánica que lleva en sí el sistema, se une la facilidad que le ofrece la división territorial del país que permite que el proceso de descomposición se realice en catorce puntos distintos, en vez de producirse de una sola vez en todo el territorio. No será difícil ver que estas participaciones, que estos arreglos, ó combinaciones entre las mayorías y las minorías se realicen parcialmente con las provincias, y lleguen, por un proceso de composición sintética, á constituir un sistema nacional; pero esto no podrá realizarse indudablemente sobre la base de los grandes partidos históricos de la República Argentina, sobre cuya evolución en el país no creo que podamos todavía abrir juicio.

El resultado, señor Presidente, de un congreso formado por este sistema no es difícil ya preverlo. Empieza desde luego por la preparación de los medios electorales, por las combinaciones, por los acuerdos entre unas fracciones y otras. Mucho antes de que la ley sea sancionada — como ya dijo Pellegrini del sistema de lista cuando se discutía la reforma de 1902,—mucho antes de que los comicios se abran, las combinaciones están preparadas en el papel y son resueltas por los comités: el pueblo no hace sino sancionar ciegamente la obscura deliberación de estos últimos. Será, pues, un congreso movable, oscilante, inquieto, intermitente é incoherente antes que un congreso ordenado, continuo y de labor permanente, y se realizará en esto la opinión de un alto político norteamericano que, al estudiar la sociabilidad de Sud América en sus distintos grados de desarrollo político, coloca á las naciones más prósperas de Sud América en el segundo

grado de este desarrollo, que consiste en reconocer como base de su vida política cierta organización general de partidos, pero que en la práctica no se desprenden todavía de esos vínculos de grupos ó de personas, ó, cuando más, de pequeñas agrupaciones de intereses comunes que hace que los congresos sean masas inestables, movibles y susceptibles de todas las combinaciones internas y que la legislación sea un objeto secundario y la conservación de los cargos y las combinaciones políticas su principal propósito.

Se origina, pues, todo lo que el Senador Root, que es á quien me refiero, dice en su magnífico libro sobre la «Participación del ciudadano en el gobierno», (que ojalá el señor Ministro de Instrucción Pública lo hiciera traducir para conocimiento de los maestros y estudiantes argentinos), en el cual comprende también á algunas legislaturas de los Estados Unidos; porque, al fin, el mal no es tan exclusivamente nuestro, — me refiero á Sud América, — y describe los efectos de este segundo grado de la evolución política de los tres en que él divide el proceso de la cultura en todos los pueblos, por el perjuicio que traen al progreso general del país estos congresos así formados, de grupos internos, divergentes, incoherentes, personalistas y sujetos á todas las alternativas de los intereses meramente políticos, y no por los grandes móviles é intereses nacionales y permanentes que afectan al organismo social en su conjunto.

La minoría, por otra parte, producto ó concesión de la mayoría, ¿qué puede esperarse de ella en las deliberaciones parlamentarias? Será siempre una masa dependiente de la otra, una especie de satélite que seguirá siempre la atracción de la masa principal, y nunca lo que el derecho republicano, el derecho electoral se propone al hablar de la representación de las minorías; es decir, nunca será la representación de una minoría independiente, consciente de su poder y fuerza, constituida de ciudadanos elegidos por sí mismos, por su propio valer y que van al Parlamento á llevar con toda la independencia de carácter la más amplia vista respecto de los problemas generales. Yo no creo, se-

ñor Presidente, me atrevo á decirlo, que ni el Partido Autonomista Nacional, cuya historia gloriosa en el desarrollo del progreso y de la organización política y constitucional de la República no puede ser desconocida por nadie que estudie con desapasionamiento la historia de nuestro país; ni el Partido Autonomista, desprendimiento doloroso del gran seno común antiguo; ni la Unión Cívica Nacional, esta otra respetable agrupación de elementos tan poderosos, y específicamente capaces para las funciones del gobierno, ni que ninguna de las otras entidades colectivas de existencia histórica, crean llegado el momento de decretar su propia disolución.

No creo que ha llegado ese momento, por más que las fuerzas más activas de la naturaleza suelen á veces pasar por períodos de sueño, pero un buen día aparecen de nuevo solicitados por fuerzas vitales, activas en el dinamismo de la lucha, de la civilización, de intereses y de pasiones.

Es cierto, señor Presidente, que estos partidos tradicionales de nuestro país tienen sus alternativas. En cuanto se refiere al partido nacional, al que tengo el deber de referirme en primer término, por mi filiación nunca alterada en su seno, ha tenido la gran virtud de ser como la levadura permanente, para que todos los panes tomen en él su sabor, y todas las creaciones y formaciones accidentales de nuestra vida política han tenido siempre un arraigo en el seno de su gran masa orgánica; y no es ahora solamente que presenta caracteres de disolución; ya otras veces ha sido disuelto en el hecho; se ha cantado muchas veces su «requiem», pero hemos visto otras tantas resucitar esta gran fuerza conservadora del orden, de la paz y de los progresos institucionales conquistados por nuestra nacionalidad.

Yo no puedo dudar de que todavía le ha de estar reservado en el porvenir alguna gran solución histórica. Es una suerte, sin duda, que el partido radical y el partido socialista se hayan organizado sobre bases tan rígidas y principios tan definidos, que tengan en su programa la negativa de todo acuerdo de toda composición que pueda desvirtuar el acto comicial. Yo creo que estos dos partidos que, por razón de sus principios, tienen sobre los otros caracteres

constitucionales tan bien marcados y precisos, no pueden prestarse á estas combinaciones con que se contribuye, sin duda, á desvirtuar la política del momento en relación con nuestro sistema de gobierno.

Los partidos no son entidades eternas, sino formaciones destinadas á compensar alternativamente las distintas influencias que marcan el derrotero de las sociedades humanas; las grandes organizaciones políticas del mundo actual son tales porque permiten mantener el equilibrio por la sucesiva ocupación del poder por cada uno de ellos. Mientras que entre nosotros esta rotación no ha sido todavía obtenida sino por los accidentes ó por la violencia, porque nuestro sistema electoral ha sido de tal naturaleza que en ninguna época de nuestra historia el pueblo argentino ha decidido en el comicio de sus destinos: ó ha sido la fuerza del gobierno ó ha sido la fuerza de la revolución. Una ley orgánica electoral debe fomentar y permitir esta alternación de los partidos en el gobierno, y no como se pretende y se ha pretendido siempre que el gobierno mantenga la unanimidad absorbente y enervante de toda vida política civilizada, y que el partido de oposición tenga á mano armada que reivindicar su participación en el gobierno.

Es necesario que los partidos políticos argentinos se acostumbren á estar abajo, á ser vencidos, á luchar desde las bancas y de las asambleas populares y que se acostumbren á turnarse en el gobierno; y es una ley inmoral la ley que permite y fomenta el que los partidos acudan á las transacciones pequeñas, ó á las «componendas», para poder acomodarse en el gobierno desnaturalizando los saludables efectos de la lucha política. Si un partido no se encuentra capaz de vivir en el ostracismo ó en el llano, como se dice, como fuerza de oposición, que quiere decir fuerza civilizadora y compensadora, ese partido no tiene derecho de existir.

He dicho algunas veces, con un ilustrado conciudadano que ocupa alta posición en el país, en conversación amigable que nunca olvidaré, una opinión que tengo el derecho de repetir aquí: yo he creído siempre que muchos de los desastres y muchas de las vicisitudes y de las contingencias dolorosas porque ha

pasado nuestra vida política, se deben en gran parte á que los políticos dirigentes, los hombres de Estado, que mandan ó acaudillan partidos ó agrupaciones, no se preocupan de estudiar los sentimientos de esas masas, no se ocupan sino de aumentar cifras, cantidades de hombres, para llevarlos á una aparente lucha comicial.

La vida política moderna no es así, y en nuestro país,—yo reivindico para él los mismos títulos que otros igualmente cultos,—tampoco debe serlo, porque nuestro país ha crecido, se ha educado y ha llegado á un grado de cultura notable, muy superior á lo que los pesimistas afirman; la vida moderna se maneja ahora por afinidad de ideas y de intereses, y estas afinidades de ideas ó de intereses, son las que los políticos, verdaderos directores de la masa popular, saben estudiar, auscultar y descubrir en el corazón de las multitudes, y saben hablarles en su verdadero idioma.

Decía que es una recriminación injusta que se hace al pueblo, para disimular los errores propios, diciendo que es incapaz de gobernarse á sí mismo; y yo repito que son los políticos los incapaces de manejar las masas populares y que las calumnian por su impotencia. La prueba, señor Presidente, es que cada vez que grandes ó pequeñas agrupaciones se han podido formar, fundadas en principios y anhelos regionales, hemos podido presenciar organizaciones vigorosas y robustas, fuerzas populares que han llegado al triunfo cuando la ley les ha ofrecido la manera y las vías capaces de llevarlos á él. La ley no improvisa partidos; la ley no hace más que ofrecer la vía y las normas para que la acción social y popular se manifieste y llegue por el camino más corto á la realización de sus ideales. Cito como ejemplo la Provincia de Santa Fe, pues se encuentra en el mismo estado casi toda la República, bajo esta atmósfera y medio indiferente, sordo, opaco, que hemos definido con la palabra «atonía» política, donde hemos visto surgir una agrupación robustísima, llena de vida y de impulso, que ha dado más de un ejemplo de energía á la República, ofreciendo acaso el método de formación de un gran partido: me refiero sin ningún disimulo á la Liga del Sur de la Provincia de Santa Fe, que, como modelo de

organización y de constancia para mantenerse en el terreno de la lucha, lo erige en un ejemplo digno de imitación de todos los casos semejantes en la República.

Para no distraer demasiado la atención de la Cámara y llegar al fin de mi exposición, voy á ocuparme en términos más precisos y definidos del sistema uninominal que he tenido el honor de proponer á la Cámara.

Naturalmente, está muy lejos de mí, siendo como soy, un catedrático en ejercicio, venir á hacer gala ú ostentación de erudición que me sería muy fácil; voy simplemente á presentar algunas observaciones de carácter muy salientes que se derivan del momento actual en la legislación y en las prácticas electorales de las naciones más civilizadas. Desde luego, el triunfo de este sistema, en la doctrina experimental política del día, es indudable; y todos los autores de derecho, que se ocupan de la ciencia política, hacen el estudio comparativo de los dos sistemas: del de lista y del uninominal, alternando las opiniones en favor del sistema proporcional. Pero, como he dicho alguna otra vez, el sistema proporcional, estrictamente considerado, no es un sistema práctico, sino un sistema teórico que consiste en dar, por combinación matemática, representación, por un residuo, á las minorías ó á las fracciones de las masas electorales, á tomar participación en el gobierno. Es pues, un resultado abstracto, teórico, que viene á dar á las minorías representación, pero una representación que no depende de ellas mismas, puesto que es el resultado de una operación matemática, y, por lo tanto, este sistema no tiene nada de republicano, ni de racional, ni menos de constitucional.

El sistema uninominal, á pesar de todas las contingencias porque ha pasado y de los ataques que se han llevado en el terreno de la doctrina, no ha podido ser desalojado de los más grandes Estados modernos. La Inglaterra, por ejemplo, y nunca lamento más que ahora no estar en una asamblea universitaria, en una academia científica,—pues es tan grande la sugestión de ideas que trae á la mente la historia de la libertad política inglesa, que apenas puedo dominar la tentación de entrar en ella: pero me

guardaré bien de hacerlo en atención a la fatiga de la Cámara. En Inglaterra, como he dicho, en brevísima síntesis, la lucha política se reduce sólo a esto: a hacer avanzar a la masa popular en la ocupación de las bancas parlamentarias por medio de la habilitación del mayor número posible de burgos ó centros unipersonales para la formación del parlamento. Sobre esto se han basado todas las grandes campañas electorales que hacen la gloria de ese parlamento, como la de los años 32, 67, 84, y por fin la de 1906, que ha terminado, como es sabido, por el gran bill ó reforma constitucional de 1910, debido exclusivamente al progreso realizado en la composición de la Cámara de los Comunes, por el avance paulatino y gradual de la ocupación de bancas populares por medio del sistema uninominal. Sin éste, no habría sido posible en ningún caso a la Inglaterra ofrecer al mundo el ejemplo del debate constitucional, del debate ideal, filosófico y político más alto de que exista memoria en los anales de la humanidad, á tal punto que ese sólo debate, si pudiera ser leído en nuestras universidades, en nuestros parlamentos, sería la cátedra de educación política más alta á que pudiera asistir nuestro país y que pudiera ambicionar nuestra democracia. Luego no se trata de combinaciones más ó menos hábiles; se trata de un sistema que tiene la virtud de afrontar las más profundas evoluciones políticas de que puede ser capaz la sociedad humana; y desde que á la nación más poderosa que la historia ha presentado, hasta ahora, la Inglaterra, le ha servido de divisa y de fundamento para realizar este enorme milagro, que constituye el regocijo y el orgullo más legítimo de la civilización contemporánea.

La Alemania, á pesar de su singular aspecto político y de su carácter disciplinado y militarista, en donde todo parece que debiera contaminarse con este espíritu de disciplina, nos presenta el cuadro admirable, quizás inesperado para la Europa misma, de que, gracias á este sistema de reparto uninominal de las bancas parlamentarias, puede darse el caso asombroso del triunfo del partido socialista, que actualmente acaba de realizar, incorporándolo con toda la confianza de la opinión política alemana, á ser una fuerza predominante en

el Reichstag; y se verá esto más: que cada vez que el voto popular decida realmente de la composición de los parlamentos, todo peligro de disolución desaparece, todo peligro de anarquía se disipa; y todas las amenazas que la fantasía popular, por la ignorancia de ciertas leyes jurídicas y sociales, prevé como grandes peligros públicos, se desvanecen en absoluto ante la ordenada, tranquila y confiada misión que se imponen los partidos, cuando triunfan en los comicios; porque entonces van penetrados de la responsabilidad política que adquirieron por el triunfo de su esfuerzo colectivo.

Son los partidos irresponsables los que traen los mayores peligros en las democracias; y los partidos son tanto más irresponsables, cuanto menos participación efectiva tienen en el gobierno, porque son el resultado de fuerzas extrañas, inconscientes instrumentos de voluntades tutelares que pueden ejercerse allí donde no existe el sistema de la vinculación directa del cuerpo elector con los elegidos ó otro sistema que lleve al elector al comicio. Todos los sistemas de esta clase darán en todo país los mismos resultados. Este punto de vista puede observarse, además, en esas grandes, novedosas y brillantes sociedades constituidas en el lejano Oriente, como la República Australiana y la Nueva Zelandia, donde sabemos que en el Parlamento el partido socialista es una fuerza electoral orgánica y predominante, no ha presentado ninguno de los peligros que la fantasía popular en Sud América imagina para la estabilidad de los gobiernos, para la tranquilidad y el orden en el manejo de los intereses públicos. Es un partido orgánico como todos, y sujeto como todos á las contingencias que la vida política trae consigo. Pero lo que se ha probado es que ningún peligro existe en ninguna parte para el orden constitucional cuando se llega por la vía directa y por los propios medios á la dirección del gobierno.

En Francia, de cuya historia electoral he hablado ya en síntesis, actualmente los políticos, teóricos en su mayor parte, están tratando de modificar el sistema electoral vigente, el de la circunscripción. Han llegado á proponer el de elección por lista combinado con

el de la proporcionalidad, sobre la base de la subdivisión de las circunscripciones actuales, y con esta triple mezcla ya se imaginará el Senado la ley que ha de salir. La reforma no se ha votado, y ahí está el sistema uninominal triunfante por la razón de los hechos.

Los Estados Unidos, han tenido este mal en sus comienzos, por el peligroso período de la diversidad de sistemas electorales. Cada Estado debía en su constitución establecer las bases de las elecciones de los representantes de la cámara popular; pero advertida la creciente dificultad práctica de esa diversidad de sistemas, el Congreso de 1842 dictó una ley uniforme, estableciendo que sobre el sistema de distrito unipersonal, ó sea de la elección de un solo diputado, se dividiesen territorialmente todos los Estados de la Unión. El caso no tardó en ser sometido á la decisión judicial, con el propósito de determinar su constitucionalidad.

En nuestro país, desde que se ha enunciado el sistema, siempre el interés político ha opuesto la razón de inconstitucionalidad, fundado en una cuestión de palabras que no significan nada; y á propósito, cuando se presentó al Congreso este mismo sistema en 1912, para ilustración de la Cámara y de la opinión, se hizo conocer la sentencia de la Corte Suprema de los Estados Unidos, que declaraba que aquel sistema es perfectamente compatible con la Constitución general del país, y no sólo del Estado en cuya corte había comenzado el juicio.

Sobre esto, pues, dejando de lado la absoluta constitucionalidad del sistema —que sólo la argucia y la dialéctica pueden poner en duda,—digo que en los Estados Unidos, sobre la base de este sistema que no permitiría modificar en un punto, los Estados Unidos han realizado la expansión social, política y económica más grande de que se tenga noticia en el nuevo mundo y en relación con la civilización europea, á tal punto que allí con todos sus defectos de caucuses, trusts, bosses, gerrimanders, de cuantas combinaciones han inventado la corrupción ó la astucia política para desvirtuar la esencia republicana del gobierno, han mantenido inmovible su régimen electoral por distritos, á cuyo amparo han realizado el progreso asombroso en todos los órdenes, que ha

hecho de esa nación de América una de las primeras potencias del mundo civilizado. No hay ejemplo de que en los Estados Unidos, haya fallado el organismo constitucional parlamentario por defectos de sistema, ni hayan presentado las mayorías ó las agrupaciones políticas del parlamento los defectos fundamentales que el sistema de lista ha puesto de manifiesto en todo tiempo.

Italia es otra de las naciones que practica el sistema uninominal; y es bueno hacer notar que es actualmente una de las naciones que puede presentar un núcleo de hombres políticos de gran ilustración y experiencia; y en cuanto á la producción de obras políticas sobre todos los principios de gobierno y del organismo electoral, son dignos del estudio de las más exigentes asambleas ó corporaciones científicas; y, puede decirse que en las discusiones que se han entablado entre los dos sistemas, en las tentativas que se han hecho para introducir en la actual organización electoral otros exóticos ó menos conocidos, ó no practicados, entre ellos el mismo escrutinio de la lista incompleta, y el del régimen proporcional, ha pasado lo que en Francia: ha producido caídas ministeriales, alteraciones parciales en los gabinetes y agitaciones de todas clases; pero hasta el presente nadie ha logrado substituir el sistema de la circunscripción, por ninguno de los otros, ni siquiera como medio de sofocar las tentativas de la demagogia, ó procurar las concentraciones de grandes fuerzas políticas, cuyo poder se atribuye, por sus partidarios, al escrutinio de lista.

El argumento principal que se ha hecho contra el sistema uninominal es que él rebaja el nivel intelectual y moral del parlamento, y tiende á disolver las fuerzas generales que constituyen los partidos políticos. Efectivamente, se argumenta en los libros, que, como se sabe, se reproducen unos á otros, sin introducir una innovación, á tal punto que, no recuerdo qué crítico español decía que hasta la Divina Comedia no era sino un plagio de la Eneida. En este orden de ideas, todos nos repetimos de siglo en siglo, realizándose así, aunque en orden espiral ascendente, la gran ley histórica de Vico. ¡Que rebaja el nivel moral del parlamento! No voy á hacer argumentos de ciencia sino de experiencia.



Invito á citar qué parlamento ha decaído por el sistema uninominal. ¡El parlamento inglés? Acabo de hablar de la gran victoria universal conseguida el año 1910, para la reforma de la Cámara de los Lores. ¡El Parlamento Francés? Acaba de constituirse en su seno el más grande de los gabinetes que jamás ha existido en Francia. ¡El Parlamento Alemán? Está actualmente constituido por las fuerzas más poderosas que imperan en sus más altas clases, las más cultas que esa gran sociabilidad política ha desplegado en el mundo hasta ahora. De Italia he dicho hace un instante hasta qué grado de cultura política ha llegado. Los Estados Unidos...

Entonces, pues, por ese género de argumentación en contrario, que suele ser á veces muy convincente, á los que afirman que este sistema hace decaer el nivel moral de los parlamentos, los invito á citar un sólo caso en que tal cosa haya sucedido en la realidad. Ni siquiera en nuestro país, donde por desgracia no hemos tenido sino una breve, transitoria y fugitiva experiencia; pero no podemos decir, como se ha demostrado muy bien en la otra Cámara, que haya descendido el nivel ordinario del parlamento; se sintieron entonces, como se sentirá siempre que vayan las fuerzas espontáneas de la opinión pública á las deliberaciones parlamentarias,—esas grandes agitaciones, esos movimientos de vida y de iniciativa personal, propio de las fuerzas que espontáneamente llegan á la más alta cima de su desenvolvimiento. En cuanto á la doctrina, sería inexplicable que los grandes políticos argentinos, que desde Sarmiento hasta hoy han presentado y propiciado este sistema, no hubiesen visto el peligro del decaimiento moral é intelectual de los parlamentos. Existe una página de Avellaneda, que me permitirá citar, contestando ese argumento.

Habla del debate del sistema en los Estados Unidos, después de la primera elección, por el nuevo procedimiento. «Unos decían el nivel intelectual de la Cámara de Diputados descendió. ¿Dónde están los oradores eminentes, los hombres de Estado con reputación adquirida delante del país, y que han ilustrado las sesiones anteriores? Faltaban, en verdad, algunos de esos individuos prominentes que se destacan en la escena política de una nación. Pero la ob-

servación no quedó sin respuesta, la dió el gran orador Sonner en el Senado de la Nación. Sonner dijo: Podrá decirse, y para facilitar el argumento,—lo consiento,—que haya decaído el nervio intelectual de la Cámara de Diputados; pero ha crecido algo que vale tanto ó más que el nivel intelectual: ha crecido la independencia de los diputados! Ha crecido la independencia de los diputados, porque ya no hay diputados que deban su nombramiento á las combinaciones políticas que esclavizan, ó que reconozcan únicamente por título y por origen la acción de los poderes superiores, de los poderes centrales de la Nación ó de la provincia. Vienen indudablemente, secundados, promovidos por influencia subalterna, la influencia de los vecindarios, pero son diputados por su propia acción, y su elección deriva de sí mismos. Son diputados que han podido legítimamente serlo y no adeudan su título como una merced á ningún otro, y serán, por tanto, más rectos é independientes en el ejercicio de sus funciones...

Por otra parte, un notable profesor, italiano, Miceli, de la Universidad de Perugia, contestando ese argumento, dice que «con este sistema el principio de representación se pone en más directa y personal relación al representado con el representante, y á éste en mejores condiciones para reflejar las necesidades de sus electores; no importa que aquel sea una pequeña celebridad de aldea, porque el objeto de una elección no es rebusear las celebridades, sino delegar el mandato en la persona que conozca mejor las necesidades, aspiraciones é intereses del pueblo».

En cuanto al argumento de que este sistema contribuye á la desorganización y fraccionamiento de los partidos políticos, debo decir que este no es un hecho que dependa del pueblo; la cohesión se manifiesta por el funcionamiento de los poderes políticos, que son elegidos, no para trabajar aislada y antagónicamente, sino para realizar el fin coherente del gobierno; y es natural que sea una preocupación ajena al sentido de la Constitución, el que todos los representantes deban de votar de la misma manera. Son nombrados para cumplir su misión constitucional y velar por los

deberes que les impone su posición, no para realizar una acción personal homogénea. Esto sería contrario á la naturaleza del ser humano, que cuanto más responsable y culto, mayor es su independencia de carácter. La cohesión de los grandes partidos se realiza por obra de su propia educación, por el vigor de su organización ó la vitalidad de su programa.

He aludido hace poco á la aspiración, constantemente mantenida desde el año 57 hasta el día, por los hombres políticos de más alta figuración y del más grande respeto, tanto en la ciencia como en la arena política en que han actuado. Sarmiento, decía, lo inició en 1857 como una idea personal; con Vélez Sársfield, su ministro, lo presentó como un proyecto de ley al Congreso en 1869; lo han sostenido Rawson, Félix Frías, Avellaneda, Alcorta, Achával Rodríguez, Aristóbulo del Valle, Pellegrini y Bermejo, y muchos otros hombres prominentes que, en distintas épocas, en nuestro país, han descollado como indicativos de un pensamiento político y elevado, ya sea en las comisiones parlamentarias, ya en los debates del Congreso. No es posible, pues, pensar que todos ellos, que han exteriorizado el pensamiento político en distintas épocas, no hayan respondido á una verdadera aspiración de su tiempo, y es curioso que en cerca de medio siglo esté siempre resonando en los oídos del país, ó esté siempre insinuándose este sistema, como la solución más ventajosa á los grandes ideales de nuestra república democrática.

Por eso yo creo, señor Presidente, que la voz que pide la adopción de este sistema es una voz que viene fortalecida con todos los prestigios del pasado; el pasado es una fuerza grande en la constitución de la nacionalidad, y podemos, en vista de estos jalones luminosos, que desde 1857 hasta 1893 han venido señalando la conveniencia de la adopción del sistema uninominal, afirmar sin vacilación que él representa una aspiración profunda y constante de la sociabilidad argentina. Ya se sancione hoy ó no,—los pueblos no viven un día,—y me limito en mi modestia á afirmar y hasta á profetizar que esta fuerza del pasado persistente y coherente consigo misma, que viene reclamando este sistema, será un día, tarde ó temprano, la ley orgánica

permanente del comicio argentino; porque esta es la voz de la conciencia y de la experiencia nacional en medio siglo de vida. Pasarán los prestigios del momento, se disolverán, porque todo pasa en esta vida,—las organizaciones transitorias de los partidos de ocasión para volver á exteriorizarse las fuerzas permanentes y vitales, y la ley orgánica del comicio argentino, sobre la base del escrutinio uninominal, será la ley electoral de la República, la que realice los altos propósitos de la Constitución al establecer para ella el gobierno representativo republicano.

Este es el único sistema que puede destruir la atonía cívica que, tanto el Poder Ejecutivo, como los que en este momento debemos decidir sobre esa parte de la ley, nos empeñamos por hacer desaparecer; la atonía política existente, no depende de la incapacidad del pueblo para realizar su destino; depende de que no tiene el estímulo necesario para acercarse á las urnas; el estímulo siempre es producido por móviles humanos, de simpatías ó antipatías humanas, y el único sistema, como he dicho, que realiza este milagro es el sistema uninominal, el sistema del voto por un sólo diputado de la circunscripción, inmediato al colegio electoral, que permite al elector conocer al candidato y poder llevar con su voto la expresión de la fe que le acompaña al desempeñar su mandato de ciudadano.

De esta manera, solamente, hemos de conseguir que los hombres políticos que aspiran á dirigir las masas populares, los hombres jóvenes que aspiran á entrar en la arena cívica, con el más legítimo derecho y con el deseo y la convicción de buscar y encontrar la facilitación de sus conciudadanos, pueden acercarse á los comicios, y abandonar ese descreimiento prematuro que germina hasta en las bancas universitarias, desde las cuales, por la falta de vinculación de los candidatos con la masa electoral, se ven inclinados á acudir á artificios condenados por la más elemental moral política, por el afán y el deseo de participar de las grandes asambleas políticas, donde se manifiestan las fuerzas intelectuales, y se aspira á la conquista del renombre, ó á tener una parte en la dirección de los destinos del país. Se-

ría, pues, una ley de estímulo, de educación política para las clases dirigentes; una ley para aquellos de quienes decía un antiguo escritor político, que «nunca fueron nada, que aspiran á ser algo, y son, en suma, capaces de ser cualquier cosa». Y un sistema que importase alejarlos de este contacto con la masa, es un sistema frío que mata toda energía, es un sistema que mantiene la atonía en vez de destruirla.

De esta manera, señor Presidente, será sólo posible realizar lo que expresaba, al decir que los políticos dirigentes podrán hablar al pueblo, exponiendo los distintos programas de gobierno; y será entonces la vida política argentina una vida de lucha, de lucha de ideas, de lucha de programas y no de lucha de influencias personales, de caza de empleos, de prebendas y privilegios, que ha sido frecuentemente en nuestro país la moneda con que se pagan los servicios electorales.

Para continuar el pensamiento de Avellaneda cuando propiciaba este sistema uninominal, y terminaba su improvisado y fogoso discurso con una invocación á la unión de la familia argentina, dividida por las disensiones internas, diré que este es el camino por el cual un día nos acercaremos á saludar la familia argentina realmente unida; y, aunque parezca una ecuación difícil de desarrollar, ella es tan sencilla como la ecuación aritmética más elemental. El sistema uninominal, que pone en contacto al elegido con el cuerpo electoral, que trae á las asambleas representantes genuinos de todas las localidades de la República, que vienen con el calor y la impresión del sentimiento de los pueblos, es el único que puede realizar en el Congreso este grande y sublime desideratum de toda república, y sobre todo, federativa, de mantener las diferencias internas y orgánicas dentro de la gran unidad del sentimiento patriótico y nacional.

Señor Presidente: como declaré al principiar esta exposición, me he colocado, al estudiar el proyecto de ley del Poder Ejecutivo, en el terreno de la más franca y abierta conciliación entre mis antecedentes políticos y mis juicios y debates anteriores, y los intereses del momento, y las aspiraciones y nobles anhelos que el Poder Ejecutivo ha de-

mostrado, que el señor Presidente de la República ha exteriorizado en sus distintos mensajes y discursos políticos, y que el señor Ministro del Interior, antiguo y afectuoso colega de vida parlamentaria y amigo de todo tiempo, ha traído al Congreso por medio de su elocuente palabra y de su acción; he conciliado todos estos propósitos con mi tradición política y he llevado, como decía, mi espíritu de conciliación á los más grandes extremos á que puede llegar, salvando algo que no puede ser cedido en ningún caso, que es la integridad de la convicción política y científica. He cedido todo cuanto he podido en atención á los intereses prácticos del gobierno; he aceptado la ley en todo su organismo; he renunciado á muchas de las observaciones de detalle que podría haber formulado, en obsequio á la integridad del plan general; he llegado aún, á determinar esta convicción, movido por la fe, la confianza, y la creencia en la sinceridad de los propósitos manifestados por los hombres del gobierno en la actualidad; pero he manifestado también, estudiando el organismo propuesto, que esta confianza no tiene en mí propio ser una base muy firme; creo que tanto el señor Presidente de la República, como su digno Ministro, padecen en este momento, inspirados por su celo patriótico, una ilusión de óptica muy fácil de producirse en espíritus más avezados á las teorizaciones del estudio que á la práctica del gobierno.

No creo que la realidad va á corresponder á sus anhelos; creo que van á pesar mucho en la balanza nuestros cincuenta años de corruptela y de vicios políticos acumulados, y que ninguna fuerza será capaz de extirparlos; creo que el sistema del voto limitado es inadaptable al medio político argentino, no por que el medio político argentino sea resistente á un sistema mejor, sino porque él se funda más en la rutina y en la continuidad y perpetuación de los errores pasados; creo que es inadaptable al medio, por que es un sistema artificioso y teórico, y susceptible, como lo ha observado Villey, de combinaciones caprichosas y concesiones de la mayoría á la minoría; que es un sistema de corrupción de las minorías y de disolución de los partidos existentes. Pero, al mismo tiempo, yo no puedo dejar de formular

los votos más íntimos y más sinceros porque el Poder Ejecutivo logre realizar los propósitos que ha tenido en vista; creo que ha de poner de su parte todos los elementos de acción que las leyes y la Constitución colocan en sus manos, para hacer que el sistema sea convertido en realidad efectiva; creo que todo esto hará el Poder Ejecutivo; pero, es propio de mi naturaleza y de la independencia de juicio con que he estudiado esta cuestión, manifestar que mis investigaciones, mis meditaciones, no me han llevado á la certeza de un resultado práctico favorable al país.

Creo, en cambio, que si se adoptase el sistema uninominal, se realizarían todos los anhelos del pueblo argentino, en la medida que las circunstancias lo hacen posible. No digo que sea un sistema perfecto,—yo desconfío siempre de los sistemas perfectos,—y no creo en las sociedades perfectas, y la nuestra es una sociedad imperfecta; no ha tenido tiempo de realizar las conquistas políticas, morales ó de otro orden, que constituyen una sociedad perfecta. No se puede exigir milagros á un sistema electoral; pero es la mejor ciencia política la que se funda en la experiencia y en las sucesivas experiencias que constituyen una ley histórica, y no en la pura teoría. Lo mejor es, pues, lo más práctico. El poeta Pope expresó este mismo pensamiento en el célebre verso lleno de sabiduría: «dejad que los ingenuos discutan sobre las formas de gobierno; para mí, la que dá la mejor administración es la mejor.»

Efectivamente, todo se resuelve en la administración; y ningún sistema electoral que no traiga á la dirección de los negocios públicos, á los consejos de gobierno, la verdadera expresión de los anhelos de la opinión, no puede llegar á fundar un buen régimen administrativo, porque dará siempre un régimen ficticio que obligará á los poderes á mantenerse por concesiones voluntarias y caprichosas del interés político, y nunca por la verdadera y consciente inspiración de los intereses permanentes del país.

Pienso; muy al contrario de lo que sostienen los opositores al sistema, uninominal, que está lejos de dar origen á una degeneración de la vida política argentina, al rebajamiento del nivel de

los partidos; y creo que será el principio del relevamiento moral y político del pueblo argentino; porque lo único que nos falta, para realizar este resultado histórico y político, es que llegue á la deliberación de los parlamentos y gobiernos la expresión sincera, genuina, incorruptible, incólume del sentimiento del pueblo; y esto no se consigue si las masas populares, que son las que expresan esta voluntad, no lo hacen conocer á sus verdaderos electores, no los ungen, diré así, con la expresión genuina de ese sentimiento; y esto no puede esperarse que lo realice jamás el sistema de lista, completa ó incompleta, en el cual los candidatos son elegidos por medio de combinaciones ó acuerdos de los comités con el gobierno, ó del gobierno con los comités; y como creo que el sistema que yo he propuesto es el único en el actual momento histórico que realiza ó que acercará al pueblo á la realización de sus ideales, he puesto en él todo el entusiasmo de mi vida y el más detenido estudio, para poder presentar á la Cámara algo que pueda ser digno de ella, lamentando íntimamente, en esta situación tan difícil y tan apremiante en que se desenvuelven las sesiones, haber ocupado un tiempo, que en realidad es excesivo; y debo, para terminar, decir que si llegamos un día á encontrar el sistema electoral que sea una directa realización de los anhelos nacionales, que á su vez se propone realizar este otro anhelo supremo de que el pueblo real y positivamente exprese su voluntad en la constitución del gobierno y en el manejo de los intereses nacionales; si llegamos á esto, como creo, por el régimen uninominal, estoy seguro de que en adelante, nada ni nadie,—es decir ni una fuerza genérica ni personal—será capaz de detener el inmenso impulso del progreso nacional; que nada ni nadie, ninguna fuerza genérica ni personal será capaz de evitar que la República Argentina ocupe y mantenga para siempre, por su cultura, por su orden interior y el espíritu nacional de su legislación, el primer rango entre las naciones sudamericanas; y nada ni nadie podrá impedir que la educación y las costumbres políticas de nuestro pueblo se coloquen á la misma altura de los adelantos que le han conquistado su prestigio

económico y su alto rango social en la civilización contemporánea.

He dicho.

—¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en la barra.

**Sr. Ministro del Interior**—Pido la palabra.

El Poder Ejecutivo confía en que el proyecto de reforma a la Ley Electoral saldrá de esta deliberación tan perfeccionado cuanto es dado esperarlo de la sabiduría del Senado; y veo en parte anticipada la realización de esta esperanza en el despacho de la Comisión, favorable al voto obligatorio. ¿El voto final del Senado tratará con igual favor la otra parte del proyecto, justamente la más liberal y generosa? ¿de esta ley saldrán las minorías con la esperanza de tener un triunfo en los comicios? Sino supiera que, más que la erudición y el talento, prevalece el buen juicio y sano criterio político, en estos momentos, me sentiría vacilar. El admirable discurso que hemos oído, que es una requisitoria formidable contra el sistema propuesto por el Poder Ejecutivo, es difícil de contrarrestar. Mi tarea es, sin embargo, empeñarme por lograrlo; aun cuando mi situación sea desfavorable. La ciencia ha hablado por boca del Senador que me ha precedido en la palabra; la experiencia le da más autoridad aún; yo me encuentro, pues, en situación inferior, pero esta será subsanada, seguramente, por la predisposición favorable con que espero que el Senado se servirá atenderme.

El pueblo argentino sabe que tiene instituciones liberales perfectas y favorables a su gran desenvolvimiento; el pueblo argentino sabe que tiene como base de su progreso recursos naturales con que la Providencia lo ha enriquecido; pero encuentra que todavía no ha progresado lo bastante; encuentra que no realiza sus instituciones; que ellas quedan todavía siendo un deseo. ¿Qué es lo que se aleja de sus ideales? El señor Senador González lo ha dicho con razón: nuestras malas prácticas electorales.

De manera que, él considera también este problema como de vital importancia, y cuando dice que, dando al país las leyes electorales que él reclama, para

llegar a la práctica leal de sus instituciones, se habrá alcanzado un ideal, no hace sino expresar en términos elocuentes el voto del Poder Ejecutivo.

A ello vamos: este es nuestro propósito. Para su realización invoco la buena voluntad y la consagración constante del Senado.

Entre los sistemas electorales, se me dice, hay uno que viene proclamado por la voz del pasado.

Los hombres más importantes de nuestra patria, desde el año 57 hasta ahora, han aconsejado la organización política del país sobre la base del voto uninominal. No solamente tenemos estos reclamos de nuestros prohombres, sino el ejemplo de las naciones más civilizadas de Europa que han realizado los progresos más sorprendentes; la base de su vida institucional ha sido la elección por circunscripción. Se nos dice más: ha habido entre nosotros un ensayo que ha sido feliz y no hemos debido abandonarlo seguramente.

Todas estas razones me conmueven; sin embargo, todos estos puntos de vista los he estudiado, y antes de aconsejar al señor Presidente de la República la preferencia por el sistema llamado de lista incompleta sobre el sistema uninominal, no ha sido sin encontrar razones que determinarán mi juicio. ¿Y esas razones cuáles son? ¿las que se encuentran en los libros? No, por cierto. Los libros son agentes de lucha, de propaganda ó de crítica; son destinados para elegir los sistemas por la preferencia de los que los escriben ó para condenar los sistemas que ellos no encuentran buenos. En todo libro, puesto que los libros son obras literarias, hay un principio de exageración, y el político que forma su juicio sobre las opiniones de los autores ya lleva en sí un germen de error. No es en los libros que debe buscarse la solución de esta cuestión, es en los hechos, en los hechos locales.

Y bien ¿que dice nuestra propia experiencia respecto de la elección por circunscripción? ¿Acaso la circunscripción es un sistema que no existe entre nosotros? ¿Acaso la circunscripción no es la práctica de la mayoría de nuestras provincias? ¿cómo elige sus diputados provinciales la provincia de San Juan? ¿cómo elige La Rioja los suyos?

¿cómo Santa Fe, Salta, Jujuy y Catamarca? Todas eligen por circunscripción; todas por voto uninominal. ¿Y cuál es el resultado de este sistema entre nosotros? ¿La relación íntima y estrecha del candidato con sus electores? No, absolutamente no! La mayor parte de los candidatos elegidos hasta ahora por el sistema de circunscripción en las provincias citadas son recomendados de la capital respectiva por el gobernador de la provincia ó por el círculo dominante; y si esta es la experiencia entre nosotros que nos da la circunscripción ¿por qué esperamos que esa semilla que no ha dado frutos en la vida provincial, vaya a darlos magníficos en la vida nacional?

¿La experiencia de 1904 qué nos dice?

Si tuviese el sistema de circunscripción la excelencia que se le atribuye, comparando la estadística de ese año con la de años anteriores respecto a la concurrencia a los comicios, es indudable que los comicios de 1904 habrían debido ser mucho más concurridos que en cualquiera otra época en la República Argentina.

¿Ha sucedido así acaso? Vamos a ver.

En la capital federal, en 1904, los sufragantes fueron 9.252 y en 1910 30.000. En la Provincia de Buenos Aires no hubo sino 32.400 y en 1910 33.000. En Santa Fe tan sólo 9.318 sufragantes concurrieron a los comicios de 1904 en cuanto que en 1910 concurrieron 18.261. Así, pues, si se contemplan los comicios de 1904 y se los compara con los comicios posteriores, se ve que la concurrencia de electores no era mayor, sino mucho menor. Se ve el fracaso que entre nosotros ha tenido el sistema de circunscripción. No solamente ocurre esto sino que hemos podido observar varias otras cosas: y es que ese sistema de componendas, ese sistema de arreglos y acuerdos, que ha sido condenado por ser demoralizador de los partidos, también se realiza en la circunscripción. De tres candidatos que se presentan, se sabe que uno está derrotado y ese ofrece sus elementos a otro que podía ser derrotado para que, reunidos ambos, puedan ser vencedores.

¿Cómo se hace esa negociación? Se hace pagando los votos que se entregan.

De manera que no es cierto que el sistema de circunscripción esté despo-

jado de todos los vicios, porque esos vicios son inherentes a todos los sistemas: esos vicios son propios de la naturaleza humana; y ella, cuando practica cualquiera de esos sistemas, los corrompe y perverte. Por eso se ha dicho que todo sistema de antiguo usado es un sistema ya pervertido.

Pero ¿por qué ocurre esto?

Es que estamos haciendo trabajar nuestra imaginación sobre una ilusión. Queremos tener votos por circunscripción; pero no tenemos circunscripciones para que den los resultados que se esperan.

En las provincias, la ley electoral es de difícil aplicación con los recursos y elementos de que ellas disponen, tan distintos en hombres y en influencias de los que tiene la Capital. Suprimase, sin embargo, ese centro defectuoso en las provincias: la capital, ¿cuál es el centro que en cada circunscripción puede dirigir la vida electoral? ¿cuál es la opinión que hay en esos centros? ¿acaso se puede en ellos formar juicio sobre los intereses y calidad de los hombres?

En Inglaterra hay centros importantes, centros de interés, centros de opinión, homogéneos, de modo que un hombre puede ponerse en contacto con los electores y ser representante de los intereses comunes. Pero entre nosotros, ¿cómo puede suceder eso?

Cada uno de los señores senadores conoce su provincia y puede con su imaginación reproducir el cuadro que puedo hacer de una circunscripción de la mía. En esta circunscripción hay el departamento de Poma, donde los hombres se ocupan de engordar las mulas para el negocio de los transportes; los de Molinos y San Carlos, que se ocupan en invernar ganados para enviarlos al Pacífico; el de Cafayate, que prospera con la industria vinícola; el de La Viña, donde todos se ocupan de la crianza de ganado. Ahora bien; en el Departamento de Poma y en el de San Carlos todos se preocupan de los derechos de exportación; a Cafayate no le interesan los derechos de exportación, le interesan los impuestos internos; quiere ferrocarriles que conduzcan sus vinos al sur; a La Viña le interesa otra cosa distinta, y así sucesivamente. ¿Es posible que en esa circunscripción haya un solo hombre que pueda gestionar todos esos intereses y satisfa-



cerlos? ¿Puede un hombre ser representante de intereses tan encontrados, tan diversos? Y luego tengan en cuenta los señores senadores la extensión de las circunscripciones, ¿doseintas, trecientas, quinientas leguas! ¿Es posible que el pueblo dispersado en esas circunscripciones pueda estar en relación inmediata con los candidatos, que es precisamente uno de los resultados ó de las bondades atribuidas á la circunscripción? *A priori* podría decirse que es imposible; cualquiera que haya tenido que asistir á las elecciones de 1904 sabe á *posteriori* que eso no es posible.

Entonces, cuando se proclama entre nosotros la excelencia de lo que en viejas sociedades tiene un fundamento histórico, y quizás no tenga otro fundamento, sería necesario preguntar: ¿dónde está la circunscripción? ¿cómo podemos hacer la circunscripción? Es posible que por excepción exista en alguna de las capitales de provincia un centro dirigente y allí el sistema pueda operar, pero esto de aplicar el sistema por excepción no es recomendable.

Por esa razón he desoído á voces autorizadas que han pedido la implantación de la circunscripción entre nosotros; he desoído el consejo de hombres políticos cuya opinión es para mí de mucho valer, y lo he hecho en la plena convicción y sinceridad de que la circunscripción no daría los beneficios que de ella se esperan.

Se dice que el argumento de que el voto uninominal disuelve los partidos es un argumento falso. En esa forma, así, absoluta, es indudable; pero hay que reconocer que el régimen circunscriptivo es un sistema centrífugo, que no permite la formación de partidos. No los disuelve, pero no propende á su formación.

En Inglaterra, la recia disciplina partidaria ha podido mantener la existencia de las grandes y tradicionales agrupaciones, no obstante la acción centrífuga de la circunscripción. Pero, entre nosotros, si un hombre se hace el eje de la vida política de su circunscripción para mantenerla bajo su influencia personal y directa, tendrá seguramente que substraerse á toda tendencia de agrupación extraña ó de partido. Una vida política que se organice bajo esta base conduce á la desvinculación de la re-

presentación, y los que vengan al Congreso se entenderán entre ellos para sumar votos. Aunque no haya intereses análogos y colectivos, se auxiliarán recíprocamente cuando se trate de los intereses de la circunscripción A, B, C, D. ¿Es ese un resultado apetecible para la vida pública argentina?

No lo creo, señor Presidente.

Se dice que es un argumento falso el de la disminución de la importancia moral é intelectual de los congresos nacidos de la circunscripción. Yo no tengo experiencia á ese respecto; he vivido en países que practican este sistema pero no he podido hacer una observación profunda para establecer esta verdad; sin embargo, en el libro del señor Lickonn, que ha citado el señor Senador por La Rioja, se hace esta observación: La pretensión de que con este sistema vayan al Congreso los elementos más distinguidos de la sociedad es tan quimérica, como la pretensión de que echando elementos inferiores en un crisol puedan salir piedras finas y preciosas.

Quiere decir entonces que Lickonn piensa respecto del parlamento inglés que ha decaído, ó al menos que no representa la alta cultura inglesa; doy la opinión con el autor y bajo la responsabilidad de él.

Por lo que á mi país respecta, no puedo tener sino previsión, no puedo juzgar definitivamente, puesto que no tengo los hechos que servirían para formar mi juicio. Pero, ¿por qué no he de ser franco? Manifiesto que mis previsiones son pesimistas. Yo veo funcionar el sistema uninominal entre nosotros en una serie de elecciones: en dos, en tres, en cuatro, en diez elecciones, y es muy posible que en la primera elección la gente distinguida sea elegida; pero, como para conseguirlo, se habrá valido de agentes subalternos, esos subalternos, trabajando por el candidato elegido irán ganando fuerzas y teniendo conciencia de su importancia, y en seguida ellos serían los elegidos, ellos serían los candidatos, y así sucesivamente. Luego, ¿qué clase de representantes serían éstos?

Pero hay más: las circunscripciones no son unidades centrales y completas en sí. Las circunscripciones son compuestas de varios departamentos y, por consiguiente, hay en ellas tantas influen-

cias completas y centrales cuantas son las que corresponden á las divisiones administrativas. Una circunscripción se compone de cuatro ó cinco departamentos: cada departamento es igual al otro en importancia y autoridad. ¿Cuál de ellos cede al otro? ¿Cuáles son las circunstancias y razones porque una de las divisiones de esos departamentos prevalecerá sobre las otras? Si no pueden existir esas influencias y preponderancias centrales que radican en un hombre, ¿qué es lo que sucede? Que la influencia persiste siempre en la capital de la provincia: es ahí donde está el poder central; y de esta manera la circunscripción viene á quedar exclusivamente en manos de ese poder.

No tenemos, pues, la circunscripción que se anhela con el objeto de hacer funcionar el voto uninominal. Prometerlo como base de una regeneración política sería hacer una promesa engañosa. La experiencia nos lo confirma, como acabo de decir. Provincias hay que practican la circunscripción, que practican el voto uninominal y sus legislaturas son hechas en las capitales respectivas. Hemos tenido la elección de 1904 y la concurrencia del pueblo á ese comicio nos demuestra que no hay tal energía en este sistema, que no hay en él virtualidad para hacer que el pueblo concurre a los comicios, que es lo que se desea, para provocar el despertar cívico.

Aparte de estas razones de propia observación y experiencia, no puedo dejar de considerar también si, como ministro responsable del Ejecutivo, habría de aconsejar este sistema, considerado del punto de vista de su compatibilidad con nuestra Carta Fundamental. No he de hacer argumentos; me bastará expresar mi opinión. No creo que el sistema de la circunscripción sea compatible con la Constitución: lo he dicho modestamente, hay opiniones más autorizadas que las mías, pero no puedo guiarme por ellas una vez que en la sinceridad de mi conciencia está el convencimiento expresado. ¿Por qué? Porque, cuando la Constitución establece que las provincias son distritos de un solo Estado, quiere decir lo siguiente: que el pueblo, que es el que elige, debe estar congregado por provincias y hacer la elección congregada por provincias, no congregado en cir-

cunscripciones dentro de la provincia, sino colectivamente y haciendo un acto único para la elección.

Esto es lo que la Constitución, en mi entender, significa cuando establece esta cláusula, y, á mi juicio, ella tiene su explicación histórica, pues fué la preocupación de los constituyentes rehabilitar y acentuar todas las veces que le fuera posible la entidad autonómica, la existencia real y efectiva de las provincias, su importancia en la vida política. Era menester afianzar esto y no quisieron perder la oportunidad de afirmar constantemente la existencia de las provincias como distritos electorales de un solo Estado.

El hecho de haber usado de la palabra distrito no tiene importancia ninguna y el resultado hubiera sido el mismo si hubiera dicho sección electoral, circuito, circunscripción ó cualquier otro término; porque, como digo, lo que se quería era resolver el problema de la verdadera autonomía. La idea es que, llámese provincia, circunscripción, distrito ó sección electoral, la demarcación territorial de ese Estado, el pueblo que dentro de ella viva forme un solo cuerpo para la elección. Esto es lo que la Constitución quiere, y por eso creo que todo sistema que destruya ese principio es inconveniente, es inconstitucional y es hasta funesto bajo el punto de vista político; porque debemos mantener la capacidad, la integridad de las provincias tal como la Constitución lo ha querido; y si es cierto que el Senado es el representante de la autonomía de las provincias, me parece que los senadores estarán penetrándose de la verdad de mis observaciones y que cada uno, al consultar su conciencia, no ha de querer que se disminuya la capacidad de su provincia, resolviéndose que la elección se haga por circunscripciones.

No pretendo que se tome como evidentemente demostrado el punto; pero, sí, digo que por estos escrúpulos constitucionales no he podido admitir el sistema de la circunscripción. Por lo demás, tampoco él serviría á los efectos del programa del señor Presidente de la República, de dar representación á las minorías, lo que, por otra parte, es la exigencia moderna y la aspiración universal que existe en todos los pueblos, y que, si no ha triunfado todavía en

Francia y en Inglaterra, ha sido porque es muy difícil arrancar a los que la poseen las ventajas electorales.

En Inglaterra ha sido juzgado tal sistema por una comisión real de investigaciones, la que llegó a la conclusión de que el régimen de las circunscripciones era una de las causas de la depresión del nivel de la moral política en Inglaterra, y alguno de los distinguidos miembros del parlamento, que habían concurrido con sus declaraciones a la formación del juicio, afirmaron que, a tal grado había llegado el relajamiento de las costumbres políticas, que no había día que no tuvieran que pagar una libra esterlina a alguno de los electores, que venían a ser una especie de pensionistas que querían vivir siempre a expensas del elegido. Como consecuencia de las conclusiones de la comisión, se presentó un proyecto para reformar la ley inglesa en el sentido de dar representación a las minorías; y José Reinach hace la relación de todas estas cosas y concluye diciendo que, si ese proyecto, en ese momento, no pasó, no fué porque no tuviera el concurso de la opinión, sino por la resistencia de los *beati possidentis*.

En Inglaterra, pues, hay el anhelo de la representación de las minorías; en Francia ocurre otro tanto; en Alemania, donde para la vida legal los sistemas son varios, existe también el anhelo de la representación de las minorías.

Es pues, el anhelo moderno; y ese anhelo, al proclamarlo el Presidente, ha repercutido en todo el país; pero no ha sido él el primero que ha lanzado la idea. Las provincias se han adelantado y Entre Ríos tiene un sistema representativo de las minorías; Corrientes, ha visto su política restablecida y conseguida la concordia entre sus hijos por un sistema de proporcionalidad dando representación a las minorías; Buenos Aires, tiene un sistema de cocientes...

**Sr. Láinez**—Tenía, porque hoy tiene una cámara unánime.

**Sr. Ministro del Interior**—Sí, bueno; ese es el inconveniente que tiene la Provincia de Buenos Aires en la práctica, según el señor Senador; pero si nó en la práctica, en su constitución y en sus leyes, Buenos Aires tiene también la re-

presentación de las minorías. Mendoza ha incorporado a su constitución los principios para esa reforma y se han dictado las leyes respectivas. Salta y dos provincias más también han reformado la constitución y autorizan lo que constituye el ideal de todas las democracias: la participación de las minorías en el gobierno.

Es, pues, el pueblo argentino mismo, con las provincias, que se ha anticipado a los poderes nacionales al determinar el camino por donde ha de ir.

La reforma de la Constitución Nacional es obra más difícil que estas reformas provinciales, y por eso se admite el único sistema compatible con ella y que en cierto modo permite que las minorías tengan una parte en la representación: ese es el sistema de la lista incompleta.

Se dice en tono como despreciativo que estos son sistemas matemáticos; pero no se mira que las matemáticas que se emplean son matemáticas para los fines del escrutinio. ¿Y el escrutinio que actualmente tenemos cómo se hace? También por una operación matemática, la operación de suma. En los otros sistemas el escrutinio no se hace por una operación de suma si no por la regla de proporción, para establecer la pluralidad. De modo que no hay sustancialmente sistema a que no se le pueda aplicar esto de las matemáticas. Todo sistema de la representación proporcional de las minorías es un sistema en que prevalece también el voto de las mayorías y la representación del pueblo en una forma aproximada, la más aproximada. Creo que ese es el verdadero concepto de la representación popular: en que estén representadas las minorías. La legalidad salta a los ojos y basta proponerlo para que todo el mundo se sienta inclinado a admitir ese sistema.

Desgraciadamente entre nosotros ese sistema no es posible. He dicho que la regla de la pluralidad es una simple regla de sumar y la de la proporcionalidad se rige por la regla de proporción; y, desde que las dos son distintas aritméticamente, no se puede reemplazar la una por la otra. De ser así, es una regla de proporción y se les está acordando la representación por la regla de la pluralidad que la Constitución

establece. Esa es la razón porque ese sistema no entra entre nosotros.

Cuando se dice que el sistema de la circunscripción debería ser preferido a éste, se olvida que uno de los propósitos del señor Presidente de la República, el primordial, es ese de dar representación a las minorías. ¿Es posible la representación de la minoría por medio de las circunscripciones? Entendámonos. Si el problema consistiera en saber si ciertas opiniones, una vez sentados los diputados en las cámaras, están o no representadas, entonces diría: tanto la lista completa, como la lista incompleta, como la circunscripción pueden permitir que esporádicamente en diversos distritos o circunscripciones ganen bancas partidos o agrupaciones que vengan a sentarse en la Cámara como opositores a los gobiernos. Eso puede suceder en todos los parlamentos y con todos los sistemas. Pero no es eso lo que se busca; lo que se desea es que en el acto comicial las minorías no sean aplastadas por las mayorías. La iniquidad que hay en ese aplastamiento brutal de una mayoría de cincuenta y uno sobre una minoría de cuarenta y nueve; lo odioso que hay en eso es lo que explica la aspereza de la vida política en la República.

El señor Senador por La Rioja dijo ayer estas palabras: «¿La era de las revoluciones ha terminado en nuestro país? Puede haber terminado por una serie de años más o menos largos; pero yo digo que mientras no demos con el sistema, con el régimen electoral suficientemente seguro de aceptar para dar la expresión real a la voluntad popular y representación efectiva a todos los movimientos del anhelo público y de los intereses que agitan a las sociedades humanas, no creo que pueda haber un hombre de Estado capaz de afirmar de una manera absoluta que la era de las revoluciones ha concluido, sobre todo mientras tengamos esta absoluta falta de concepto del delito político».

Según esto, puede decirse que en el sistema electoral está el secreto de las revoluciones. No lo creo. He visto practicar todos los sistemas conocidos en la ciencia y en la experiencia, desde el sistema prusiano hasta el sistema belga y el holandés, y no he visto que en esos países se hayan producido revoluciones. De manera que el sistema electoral en sí

no lleva en sus entrañas un movimiento revolucionario; las causas de la revolución están en cómo se practican esos sistemas: ahí está el mal. No es tampoco concausa suficiente la falta de jurisprudencia criminal para castigar el delito político. El fraude, las maniobras, las venalidades subsistirán siempre: esos son resultados naturales de la debilidad humana. Lo odioso, lo criminal, lo que no se soporta, lo que levanta a los pueblos en masa, en son de protesta, es que esos procedimientos electorales sean aprovechados por los gobiernos para perpetuarse, como muy bien lo hacía observar en uno de los más brillantes párrafos de su discurso el señor Senador por La Rioja. Lo odioso no es que se cometan venalidades, que se cometan maniobras fraudulentas por los ciudadanos, sino que sea el gobierno mismo el que provoque esos delitos. Los pueblos no se levantan porque haya monederos falsos; los pueblos sólo se levantan cuando los monederos falsos son los mismos gobiernos; de la misma manera los pueblos sólo se levantan cuando los falsificadores del sufragio son los mismos gobiernos. Esa es la causa de las revoluciones entre nosotros, y si yo no tuviera la esperanza, señor Presidente, de que ha terminado definitivamente la era de los gobiernos electores, tampoco la abrigaría de que han terminado las revoluciones...

**Sr. Villanueva (B.)**—Es por eso que no ha producido efecto la circunscripción en las provincias.

**Sr. Ministro del Interior**—En la Provincia de San Juan, señor Senador, donde acaba de tener lugar una elección por circunscripción, si no ha estallado la revolución no es seguramente porque la elección haya sido perfecta.

Pero, seamos imparciales; no confundamos una cosa con otra; veamos la realidad objetiva de los asuntos que nos preocupan y no creamos que la circunscripción es una panacea que va a curar todos esos males. Al contrario, en la circunscripción no hay fuerza alguna para resistir la intromisión de las influencias locales; no la hay, señores senadores.

Decía, pues, que si no tuviera la esperanza, la confianza de que la época de los gobernantes electores ha terminado o está por expirar, no abrigaría la es-

peranza de que en adelante no tendremos revoluciones. Pero yo presiento, señor Presidente, que el fin de los gobernantes electores está próximo.

Se ha dicho que las costumbres no son sino conceptos practicados. El concepto en los primitivos tiempos de nuestra organización fué éste: la necesidad de núcleos centrales y gobiernos fundados en la mayoría, con objeto de salvar el orden. De aquí nacía que la oposición á esos núcleos centrales fuera considerada elemento de desorden; de aquí nacía también que se empezara á creer que el pueblo era incapaz de gobernar, concepto éste que, combinado con ese otro defecto de nuestra raza, que el señor Senador González señalaba con mucha exactitud y talento, el defecto de considerar el gobierno no con el noble sentimiento de realizar el bien que se concibe para el país, sino con un objeto de posesión, ha dado lugar á esta tergiversación del concepto del gobierno: el gobierno no es un mandato; el gobierno es la curatela de un incapaz.

Así se ha practicado el gobierno entre nosotros; pero, ese incapaz está impaciente y no tolerará mucho tiempo más que se le considere incapacitado para ejercer sus derechos.

Y bien, con estos propósitos, el excelentísimo señor Presidente de la República ha dicho: yo no soy parte en la elección; este gobierno no figurará jamás en los comicios como elector; su presencia en los comicios es de guardián para garantizar el derecho de todos. Esa es la idea fundamental del concepto presidencial. Ya no es, el nuestro, un gobierno de curatela, ya no es considerado el pueblo como incapaz, ya no se tiene el gobierno con el propósito de posesión para perdurar en él lo que con tanta energía y elocuencia condenaba el señor Senador por La Rioja. Los que están en el gobierno mañana lo dejarán para prestar sus servicios de ciudadanos en cualquiera otra esfera.

Y bien: el concepto antiguo de la capacidad del gobierno empieza á cambiar en todas partes. Yo sé bien que la luz no entra de súbito á iluminar todos los rincones de un aposento, pero al fin lo ilumina todo. Habrá algunos puntos recónditos donde este nuevo concepto no ha llegado todavía, pero llegará seguramente.

Y bien; cambiado ese concepto, y desde que las costumbres no son sino conceptos practicados, todo el resto de las costumbres electorales y todo el resto de nuestras malas costumbres políticas que han nacido de este concepto, vendrán poco á poco reformándose. Eso será cuestión de tiempo. Pero no basta que el Ejecutivo cambie de concepto político; es menester que todas las ramas de gobierno concurren á eso. Y en esto estoy de perfecto acuerdo con el señor Senador por La Rioja, cuando decía que era menester que la Cámara de Diputados y el Senado, en sus respectivas esferas, se preocuparan de esa importantísima atribución que tienen, de ser jueces de la elección de sus propios miembros.

La intervención del Poder Ejecutivo en los comicios es transitoria: asiste á la realización de cada acto electoral y hace que se observe el orden y las formas externas, pero la substancia del acto es juzgada por las cámaras. Y yo digo, señores senadores, que el primer diploma rechazado por el honorable Senado en virtud de que una legislatura ha sido elegida violando los derechos del pueblo y á designio de adjudicar ese diploma, yo digo que el día que el honorable Senado rechace uno de esos diplomas, ese es el último día de las legislaturas elegidas para hacer tales simulaciones. Digo que el primer diploma impuro rechazado por la honorable Cámara de Diputados, por razón de no haberse cumplido la ley, es el último día de nuestras malas prácticas electorales.

Está, pues, en el Congreso el poder eficaz y suficiente de producir el cambio en las costumbres políticas; y ese concepto, tengo motivos para creerlo, se realiza, puesto que la honorable Cámara de Diputados se ha desprendido de las ventajas del sistema electoral que hoy tiene, haciendo un acto de abnegación que la honra.

Respecto del honorable Senado, no me cabe la mínima duda. No hay un solo progreso político y material que este país haya realizado, que no haya tenido el concurso del honorable Senado.

¿Para realizar este propósito, en qué medida contribuye el sistema de la lista incompleta?

Séame permitido, antes de ocuparme

de este sistema, defenderlo de la caricatura que de él se ha hecho. Decir que es el sistema del desdoblamiento y de la corrupción de las minorías, es extremar el razonamiento y convertir en definición del sistema mismo los posibles errores de la práctica de ese sistema: es la caricatura.

No diré que no se pueda practicar el desdoblamiento por la mayoría, pero es una táctica muy aventurada y que expondría á esa mayoría á perder completamente las bancas que le correspondieran si procediera lealmente. Se dice que las mayorías se entienden con ciertas minorías, que ellas prefieren con el objeto de ayudarlas y que obtengan las otras bancas. Se dice algo más, que es el sistema de la inmoralidad y de las componendas; se carga, en suma, al sistema, como si contuviera todos los defectos, los vicios, las artes, las maniobras, las evoluciones de los que pudieran practicarlo y desfigurarlos.

Este no es, á mi juicio, un argumento que convenza. No es propio y necesario del sistema de lista incompleta el desdoblamiento; pero, maneándolo con deslealtad, puede hacerse el desdoblamiento con ese como con cualquiera otro sistema. ¿Que no se puede hacer con la circunscripción si se maneja con deslealtad? ¿No se puede llegar con ese sistema también á los más monstruosos abusos?

Se dice que los círculos dominantes, con el objeto de estar tranquilos, comprarán las minorías. Es posible que eso suceda en la debilidad humana, pero no es propiamente una consecuencia del sistema; el sistema no lo fomenta. Este sistema, como todo otro sistema, presupone la voluntad de elegir, la necesidad de elegir; por eso está precedido el sistema de la obligación de votar, y, como todos los partidos tienen el derecho de votar, una vez que los electores vayan, por el número que la ley determina, se sabe al fin quién es minoría ó mayoría recién en el escrutinio.

Los partidos dominantes pueden creerse en mayoría; pero puede perfectamente bien suceder que, por un acuerdo entre minorías, acuerdo que no es absolutamente inmoral para fines electorales, las minorías encuentren fuerzas suficientes para pesar sobre la mayoría.

Esto puede suceder, y esto está en la

naturaleza del sistema; y por eso se ha dicho que este sistema propende á la concentración de fuerzas, porque no promete representación sino á dos de las agrupaciones de un distrito, y, las que excedan de este número, tratarán de reunirse, según afinidades, para constituir una mayoría más completa.

De manera, que este sistema sólo corrompe á las minorías que quieren ser corrompidas, y éstas con todo sistema se corrompen; pero á las minorías que quieran ejercer su derecho, esta ley de la lista incompleta les da la seguridad del triunfo.

El señor Senador González decía muy bien ayer, que era una ley de psicología el negarse la naturaleza humana á una acción, cuando esa acción es sin motivo y sin resultado. Ahora bien: si se le llama al elector con el sistema uninominal á votar, y ese elector sabe, por ser de la minoría, que no puede triunfar absolutamente, que en ningún caso triunfará, que su esfuerzo es estéril é ineficaz, ¿cómo se le obliga á ese hombre á ir contra la ley de que hablaba el señor Senador González?

Hay en un mensaje del Gobernador de Mendoza, señor Civit, en 1910, una frase que explica y justifica todo esto: «Es menester que el elector no vea en el voto una función estéril, sino que tenga la seguridad de que sus ideales triunfarán con la mayoría ó con la minoría».

Por este sistema, todo hombre, todo votante, todo elector sabe que su voto tiene valor, puesto que triunfa con la mayoría ó es representado por la minoría. Eso solo es la justificación de este sistema; lo que se quiere es dar representación á las minorías, y este sistema se lo asegura.

No puedo tocar los puntos de la extensa exposición del señor Senador por La Rioja, que se han referido á estos tópicos, para decir, cómo cada uno de ellos queda refutado con las consideraciones generales que acabo de expresar; pero, me parece que la impresión fundamental de esa exposición queda completamente tocada por la réplica que acabo de hacer.

Solamente me falta ahora pasar al voto obligatorio, parte que me será grátísima, tanto más cuanto que, con el concurso del señor Senador González,

ha quedado completo el cuadro de estudios y observaciones sobre este asunto.

La abstención no tiene otro remedio que el voto obligatorio. Para demostrar lo contrario, se ha tratado de explicar cuáles son las causas de nuestra abstención, y se ha dicho que es menester atacar esas causas para que desaparezca el efecto de la abstención; me parece que es un procedimiento que no deben poner en práctica los hombres de gobierno.

Tratar de curar las causas, para hacer desaparecer los males, es exponerse á que muera el enfermo víctima de la manifestación de la enfermedad antes de descubrir la causa que lo ha producido. Si se forma un absceso y no se conoce la causa, la prudencia aconseja curar primero el absceso é investigar y atacar después la causa.

Sea el cosmopolitismo, sea la preocupación de la riqueza, sea el amor á los placeres lo que hace que los electores se alejen del comicio, lo que se necesita es hacerlos asistir al comicio, y eso no se puede obtener sino por la obligación compulsiva. Los otros males que puedan ser la causa, serán curados paulatinamente y por medios adecuados, por la mejor educación ó por otros sistemas aplicables á esos males, según sea su peculiaridad.

Por lo demás, en doctrina, me parece suficiente lo dicho por el señor Senador González: en política experimental, dada la naturaleza de nuestras instituciones, declarar obligatorio el voto, es perfectamente legítimo; y si, saliendo de la esfera de la política experimental, buscamos algunas razones de filosofía, la que yo profeso y profesan seguramente la mayoría ó la totalidad de los señores senadores enseña que los derechos son los medios para cumplir con nuestros deberes. Tengo los derechos de la patria potestad para cumplir con el alto deber de educar á mis hijos; tengo los derechos de ciudadano, para cumplir con el deber de procurar el bien del país, y es el primero de todos el que los ciudadanos concurran á la formación de su buen gobierno.

El resto de la ley es solo de procedimiento, con el objeto de combatir las maniobras fraudulentas y, como en ese punto no hay disidencia, creo innecesario detenerme en él.

No debo terminar sin rogar al honorable Senado que, contemplando el interés del país é inspirándose en la grandeza de su porvenir, dicte una ley que le abra caminos para llegar á realizar aspiraciones que son un anhelo nacional. Y no debo terminar tampoco sin pedir al honorable Senado que considere esta situación: las leyes son para cumplirse por el pueblo y para cumplirse por quien las ejecuta y quien las ordena; siendo así, el primero en deber cumplir esta ley será el Poder Ejecutivo. Ahora bien: esta es una ley política que tiene por objeto la reforma de las costumbres electorales, y es de presumir que quien propone una reforma de esta naturaleza debe haberla estudiado antes de haberla proyectado; debe creerse en la sinceridad de sus intenciones. El Poder Ejecutivo cree que esta ley, en su integridad, es el instrumento que él necesita para realizar su pensamiento, y, si se pretende forzarle la mano y hacerle ejecutar sus propósitos con otros elementos, me parece que el resultado será contrario, se le exime de responsabilidades al señor Presidente de la República y el propósito de la reforma se frustra.

He dicho.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

**Sr. Irigoyen**—Pido la palabra.

No se alarmen los señores senadores, pues no voy á pronunciar un discurso sino á formular una pequeña observación.

El señor Ministro del Interior ha puesto todo su talento, toda su habilidad y toda su dialéctica para demostrar que el sistema de la circunscripción es contrario á la Constitución; pero no nos ha dicho una sola palabra para demostrarnos que el sistema de lista incompleta está dentro de la Constitución, cuando tanto el señor Senador González como el que habla, en nuestras respectivas exposiciones, nos hemos manifestado en el sentido de que ese sistema es contrario á la Constitución.

**Sr. Ministro del interior**—Reconozco la laguna de mi discurso, y, si el señor Presidente me lo permite, la llenaré.

**Sr. Presidente**—Puede usar de la palabra el señor Ministro.

**Sr. Ministerio del Interior**—Ese ca-

pítulo lo había pasado por alto, porque tantas veces he repetido mis argumentos que ya me sentía fatigado; y me ha sucedido, con esta proposición de que la lista incompleta es compatible con la Constitución, lo que pasa con toda proposición evidente, ya que su evidencia salta á la vista, y me encuentro en los embrazos consiguientes de aquel que tiene que probar la evidencia. Que tenemos luz aquí es evidente; pero si alguno me dice que no existe esa luz yo diré: ¡está ciego! pero me será sumamente difícil probarlo lo contrario. Algo así me pasa ahora; sin embargo, voy á tratar de probar y demostrar una vez más la constitucionalidad de este proyecto.

He dicho que la única regla atinente es la de la pluralidad. Es esa la regla que tiene relación con el sistema de la lista incompleta. ¿Es compatible tal lista con el escrutinio á pluralidad de sufragio? Esta creo que es la cuestión con el objeto de establecer si es ó no inconstitucional.

El mecanismo de la lista incompleta se comprenderá con este ejemplo: una provincia á la que le corresponde elegir tres diputados, en esa provincia los electores no pueden votar sino por dos: sean A y B. El partido A da cinco mil votos á sus diputados A y B, y el partido B da cuatro mil votos á sus diputados C y D. A la provincia le corresponde elegir tres diputados, he dicho, y la pluralidad corresponde á A, B y C, y de esa manera la totalidad del distrito está representada por dos diputados de una de las listas y por un diputado de otra de las listas á pluralidad de votos.

Quizás esto no convenza; pero á mí me deja absolutamente convencido: es como la demostración de que dos y dos son cuatro.

**Sr. Irigoyen**—Tendrá la propiedad de convencer al señor Ministro; en cambio no convencerá á los demás. Yo mantengo mi opinión de que, cuando la Constitución dice que los representantes del pueblo serán elegidos directamente por el pueblo y á pluralidad de votos, ha querido decir lo siguiente: que serán elegidos por el mayor número de votos, es decir, los representantes de cada provincia que deban elegirse; no los que el señor Ministro quiera que se elijan, sino los que deban elegirse serán elegidos

por el mayor número de votos. Eso es lo que quiere la Constitución.

**Sr. Ministro del Interior**—Comprendo la duda del señor Senador. Se hace necesaria otra demostración colateral. ¿Puede el honorable Congreso, de conformidad con la Constitución, limitar el número de votos que tiene el elector y que corresponde á un distrito? O, en otros términos más prácticos, ¿cuando á un distrito le corresponde elegir tres diputados en una renovación, puede, de conformidad con la Constitución, el Congreso dictar una ley en virtud de la cual cada elector en ese caso no pueda dar su voto sino por dos diputados en vez de tres? ¿Si ó no? Yo digo que sí. El Congreso puede dictar esa ley de conformidad con la Constitución, porque no hay cláusula alguna de la Constitución, no hay artículo que implícitamente contenga la prohibición de que eso se haga. En ninguna parte la Constitución prohíbe esta atribución del Congreso y la facultad de dictar la ley general de elecciones no dice cuál es la cantidad de votos que cada elector tiene ni cuantos son los diputados que ha de elegir su distrito. Eso se estudió el año 1857.

El señor Senador, en uno de los párrafos más felices de su discurso, dijo: «En el momento de la sanción del año 57, la gran preocupación era la formación de mayorías de gobierno en las parroquias. Entonces se dió la ley de la lista completa». Esta ley de la lista completa consistía en lo siguiente: cada elector vota por tantas bancas cuantas están indicadas en la convocatoria. Esa es la característica de la lista completa.

**Sr. Irigoyen**—Y ese es el espíritu del artículo constitucional.

**Sr. Ministro del Interior**—¡Absolutamente!

Era la necesidad del momento, y los constituyentes de ese tiempo, inspirados en la necesidad del momento é interpretando la Constitución de acuerdo con las necesidades de ese momento, se condujeron como sabios, é hicieron bien al país. El momento presente no pide eso: el momento presente pide que se dé representación á las minorías; y desde que limitar el voto del elector á cada convocatoria, es el medio único de dar hoy representación á las minorías, este Congreso, al establecer en la ley

que, cada elector sólo tiene derecho á votar por los dos tercios de las bancas que corresponden á su distrito, está á un nivel tan alto del concepto de la verdad en el momento, y está tan bien inspirado del sentimiento de la grandeza del país, como lo estuvo el Congreso del año 57.

Yo no soy afecto á este sistema, á esta hermenéutica constitucional que, en resumidas cuentas, destruye la Constitución, y en virtud de la cual se habría de considerar la Constitución como una membrana elástica, como la piel que debe cubrir al cuerpo, cualesquiera que fueran sus deformidades y la extensión de su crecimiento. En algunos casos excepcionales quizás los hombres políticos sean llevados á dar una interpretación excesiva. Eso lo justifica la razón de Estado; pero en el curso corriente de los negocios, en la hermenéutica común, tenemos lo suficiente para salir de los defectos; y los principios de interpretación corriente en derecho justifica perfectamente bien lo que yo acabo de manifestar.

Esa es la explicación, señor Presidente.

**Sr. Echagüe.**—Pido la palabra.

El asunto que se discute señor Presidente, es de gran trascendencia para los intereses políticos del país; de consiguiente, creo que debe ser tratado con sinceridad, con libertad y con patriotismo.

Yo me propongo, señor Presidente, aportar sin pretensiones mi grano de arena á este debate, no sin olvidar que muchas veces la bondad de las leyes, abstractamente consideradas fracasan por su inaplicabilidad, como también las buenas adaptadas al medio ambiente, cuando no las preside en su ejecución, un espíritu no sólo despojado de ambiciones, sino de prevenciones también.

No se necesita señor Presidente, meditar mucho, para darse cuenta de que la ley de las mayorías es la que preside como regla invariable en todo lo creado. Desde luego nos encontramos con que en el orden físico el más fuerte prevalece respecto del más débil; que el sol arrastra eclipsando en su carrera á todo el sistema planetario porque es más enorme su masa, porque es más intensa su luz; en el orden moral, en el

orden social, el que tiene más mérito conquista la palma, el que tiene más derecho, más razón, hace inclinar á su favor la balanza de la justicia; en una palabra, que el mayor número resuelve en todos los conflictos, en todas las asambleas, en todos los cuerpos colegiados; y, esto es lo natural, lo que debe suceder, siendo por tanto improcedente en mi concepto, la pretensión de dar participación en el gobierno á todas las tendencias que se agitan en el escenario político del país.

Creo, señor Presidente, que nuestros constituyentes, con esa alta elevación de miras y profundo sentido práctico con que nos dieron instituciones, en medio de nuestras disensiones intestinas, consagraron el verdadero principio que debe regir en materia electoral, al establecer en el artículo 37 «que la Cámara de Diputados se compondrá de representantes elegidos directamente por el pueblo á simple pluralidad de sufragios.» No cabe, señor Presidente, consideración alguna que haga suscitarse dudas respecto de la claridad de esta disposición; «á simple pluralidad de sufragios» en idioma castellano quiere decir por mayoría de votos, consúltese cualquier diccionario de la lengua; las minorías no son mayorías, y si no lo son su representación tiene que estar fuera de la Constitución.

En mi concepto, pues, señor Presidente, este sistema de la lista incompleta, prestigiado por el Poder Ejecutivo, sancionado por la honorable Cámara de Diputados y sostenido por uno de los miembros de la Comisión de Negocios Constitucionales, tiene para mí el grave inconveniente de violar el texto expreso, la letra y el espíritu de nuestra carta fundamental.

No comprendo eso de minorías legitimadas por los votos de las mayorías, bien está eso cuando esos acuerdos se producen por convenciones espontáneas de los partidos, pero no por acuerdos forzados, impuestos por una ley, ley á todas luces inconstitucional.

Pero, señor Presidente, podría decirse que hay anhelos impacientes, que flotan amenazantes, apremiando con sus exigencias; que debiendo satisfacerse aspiraciones legítimas, hay que romper el molde viejo para dar representación á esas minorías que significando intereses

debe dárseles también participación en el manejo de la cosa pública.

Si hay aspiraciones no satisfechas, señor Presidente, esto sucederá siempre y no será posible remediarlo; si han habido dificultades en la aplicación del sistema electoral que nos ha regido, estas dificultades lejos de desaparecer, se multiplicarán con este sistema que se trata de implantar, como con cualquiera otro que no tenga como fundamento la justicia, que no consulte la opinión predominante, la mayor suma de intereses allí donde se libra la contienda.

El mal no está en el principio, el mal no está en la ley; el mal está en otra parte y sus causas son complejas. Sin ir más lejos tenemos á la mano un caso palpitante que guarda relación con el asunto que se discute y que puede también darnos la pauta del porvenir.

A la Provincia de Santa Fe se tuvo á bien sacarla, sin guardar los debidos respetos al artículo 6.º de la Constitución, de su esfera institucional para purificarla en el rígido crisol de los principios reaccionarios; se prescindió de sus leyes locales para someterla á todo un procedimiento nuevo de saneamiento y, ahí, la tenemos debatiéndose fatigada en un proceso electoral interminable que va tomando todos los caracteres de un sainete político.

Habría sido un propósito calculado al que ha inspirado la pesadez de este proceso? ¿Será la impericia la que lo ha complicado? ¿Habrán sido las significativas condescendencias y complacencias las que han concluido por enervar la energía del superior, inhabilitándolo para trazar desde el primer momento con firmeza el plan que la teoría y la práctica aconsejaban como indiscutiblemente procedente en esta materia? ¿O este estado de cosas tiene su explicación en el delirante anhelo por las altas conquistas? Si esto ha sido así, no ha debido olvidarse que todos los extremos son viciosos y que un demasiado amor por la vida cívica, como todo procedimiento extremado en estas materias, tiene que herir de muerte el entusiasmo, la fe y la energía del ciudadano que escarmentado tendrá que concluir por abandonar un comicio, cuyo acceso tiene que pagar pasando por las penas de la parrilla ó el suplicio de Tántalo.

Obras son amores, no buenas razo-

nes y ante estas primicias de la reacción, no es posible ser optimista, y cabe preguntar con qué títulos se arrojan entonces anatemas respecto de los regímenes pasados, ellos son los espejismos que perturban la fantasía de la reacción; las prevenciones exageradas sin distinguos ni excepciones son malas consejeras, y de ellas debe despojarse todo el que quiera proceder con verdad, con razón y con justicia; pero lo particular es que la reacción es agua de aquellas mismas fuentes, por sus venas corre la misma sangre que ha circulado por el organismo de esos regímenes que le dieron el ser; esos regímenes tendrían sus defectos, habrán cometido sus errores; el error, ya lo sabemos, envuelve á los hombres y á los partidos con frecuencia y sin distinción de clases como la muerte que *oequo pulsat pede regumque turres, pauperum tavernas*, pero regímenes en definitiva, que en medio de la crítica de los unos y de las protestas armadas de los otros, han afianzado la paz, consolidando la marcha del progreso en la República anarquizada por la diversidad de criterios, por las pasiones y luchas intestinas.

Bien, señor Presidente; ha pasado casi un año desde que fué intervenida la Provincia de Santa Fe y aun no se distingue todavía el rayo de luz que anuncia la anhelada aurora del codiciado día de la elección; y aun falta saber, porque lo pasado autoriza á sospechar todo, cómo se producirá esa elección, y si ese mismo día será el principio de una nueva intervención; aun falta saber, cuándo después, el colegio electoral terminará sus tareas; aun falta saber cuando *Deus ex machina* provocará el desenlace de esta situación anormal, en que hoy, los ardores de la lucha no permite ver á los partidos, pero que es ya altamente deprimente de la autonomía de un estado argentino que como tal tiene títulos á la consideración nacional.

Cerremos, señor Presidente, este enojoso paréntesis para continuar la exposición interrumpida.

Había dicho, que el mal no estaba en el principio, que el mal estaba en otras partes y que sus causas eran complejas; entre éstas ya alguna vez ha sido citada en este recinto, está el considerable porcentaje de incapaces para el



ejercicio de la vida cívica, y en estas condiciones no es posible exigir actos electorales satisfactorios, como no es posible levantar un buen edificio con malos materiales, ni pretender regularidad, uniformidad en las evoluciones de un cuerpo de ejército organizado con gran número de inválidos; la causa está en el mismo espíritu de partido, porque partidos deben existir, absorbente y excluyente a la vez, en el sentimiento de defensa, en la ambición del triunfo; en la falta de abnegación y sacrificio suficiente tal cual lo exige toda buena organización social; en la falta de disciplina de las voluntades para acatar los fallos de las mayorías, olvidando que éstas pueden hoy, como sucede, obsequiar con sus favores a los vencidos de ayer; mientras estas causas subsistan, subsistirá la protesta, la disconformidad, y veremos transportado al orden político ese espíritu reformista que conspira incesantemente por modificar lo existente para levantar creaciones que podrán interpretar los intereses de una clase, pero que no consultan los intereses sociales; y esta contradicción la tendremos siempre mientras el mundo sea mundo, mientras haya hombres con ambiciones, con pasiones e intereses; mientras los hombres vivan en la tierra y no en esas regiones donde los ángeles reflejan su pureza, en los resplandores de sus alas, y en los destellos brillantes de sus frentes.

No soy, sin embargo, pesimista, creo que en todo se progresa, si bien hay conquististas por su naturaleza tardías, como la verdad del comicio, la cual depende de un conjunto de condiciones morales, intelectuales y económicas cuya realización es la obra del tiempo; y en esto se progresa como en todo por grados sucesivos, porque en la naturaleza no se marcha a saltos y en la virtud como en el vicio se avanza ó se retrocede como se sube ó se desciende la montaña a pasos y a pasos se va imponiendo también el espíritu del progreso en los pueblos. Las impaciencias no dejan comprender esta verdad que tiene su fundamento cierto, como cierto es también que salir del orden natural por un afán de precoz perfeccionamiento, es abandonar la línea recta para lanzarse en campo abierto, empapándose en teorías y ensayos interminables, es salir para volver al punto de partida, es girar

incesantemente dentro de las espirales de un torbellino que el soplo de todos los intereses, de todas las ambiciones empuja para desvanecerse después sin haber edificado nada, y sin más resultado que el negativo de haber experimentado un retroceso en la marcha.

No todos pueden simultáneamente gobernar, unos han de mandar y otros obedecer y ahí está el orden; la naturaleza nos enseña en sus manifestaciones que cuando domina la luz, las tinieblas se desvanecen, que cuando reina la calma, la tempestad depones sus furiosos, que el invierno prevalece con sus fríos, el verano con sus calores y cada estación con sus características domina en su época, y a su tiempo, se va la que debe irse y viene la que debe reinar, y reina dentro del orden y armonía más completa sin que a nadie se le haya ocurrido modificar este orden de cosas, seguramente porque se comprende que no es posible alterarlo, amalgamando entidades cuyo dominio conjunto, vendrían a convertir la hermosura de la naturaleza, en una deformación monstruosidad.

Sobre la base de la pluralidad de votos, la República se ha desenvuelto y progresado hasta llamar la atención del mundo, y es necesario cerrar los ojos para no verla triunfando con altivas energías al través del tiempo y en medio de los obstáculos. Se ha podido observar que en el relativamente corto espacio de su existencia política, casi todos los partidos con sus hombres dirigentes han gobernado al país, incluso el partido radical cuyo espíritu en el gobierno representó el doctor Del Valle, de existencia efímera es cierto, porque nada violento tampoco puede perpetuarse. Se ha podido observar, también, que a medida que la tierra ha seguido su curso, la rueda de la fortuna ha girado también, cambiando en su rotación hombres y partidos de ubicación; los que estaban en las alturas han descendido al llano, y los que se agitaban en el llano, han remontado después a las alturas, prestando casi todos alternativamente a los intereses generales, el concurso de sus luces y patrióticas inspiraciones.

No pretendo, señor Presidente, con esto, defender la lista completa, alrededor de la cual se ha levantado ó se ha hecho levantar un ambiente completamente desfavorable en mi concepto

injustificado; pero, daré mi voto con preferencia por ella, y si no tiene éxito, por cualquier otro sistema que tenga su fundamento, su interpretación, su arraigo, su explicación en nuestra carta fundamental, pero nunca en favor de la lista incompleta, que además de ser abiertamente inconstitucional, cercena los derechos a las mayorías, restringe el voto al ciudadano, limitándolo a determinados candidatos y que mantendrá en continua perturbación a las provincias, pues toda esa representación de las oposiciones en la República, vendrán a la Cámara de representantes solidarizados en su interés común, sacudir, remover esas situaciones respecto de las cuales se conceptúan adversarios.

Se ha dicho, señor Presidente, que este sistema de lista incompleta, terminará con las conmociones, con las tormentas que se levantan en el orden político, pero esto no sucederá; donde hay vida, hay tormentas, las hay en el corazón del hombre más feliz con las contrariedades inevitables de la vida, las hay en la atmósfera, las hay en el mar, las hay en el seno de la tierra, produciendo estremecimientos en su corteza y fuego en sus volcanes, las ha de haber en el orden social y en el orden político también. Hay tormentas que todo lo destruyen pero las tormentas en general purifican la atmósfera y fecundan la tierra; hay almas que levantan tormentas, tormentas que levantan las almas: el movimiento de mayo de 1810, nos puso en el camino de ser libres é independientes. Pretender extirpar del orden político y social todas las conmociones perturbadoras es como pretender extirpar las enfermedades de la humanidad; la enfermedad es un germen de muerte, pero cuando la enfermedad se elimina, el cuerpo se purifica y es la vida la que triunfa; lo que corresponde es combatir la enfermedad con todos los medios eficaces y legales, pero no entorpecerla para que viva, muera y mate.

Bien, señor Presidente, pero si se quiere modificar el orden existente, si se pretende que el concurso de las mayorías y minorías actúe conjunta, actual y simultáneamente, si no hay poder para romper la indisciplina y encauzar la anarquía por la senda del orden, si hay un pensamiento que consi-

dera que la reforma propuesta ha de acabar de una vez con las divisiones agresivas que suscita contra el vencedor los enconos del vencido, si esa reforma ha de arrancar de su brazo el rayo con que ha tenido constantemente amenazada la tranquilidad pública y el orden constituido, si con esa reforma se ha de salvar el país y las instituciones, en buena hora procedáse a la reforma, pero llenense previamente las debidas condiciones.

Mas, desde luego nos encontramos con el grave inconveniente de que el Congreso no puede modificar las prescripciones constitucionales por mucha que sea la bondad de la reforma que se trata de proyectar, que el Congreso no puede alzarse contra los mandatos de la ley suprema de la Nación sin cometer contra ella un injustificable atentado, y porque así se principian por relajar las instituciones, porque así se principia por estimular el predominio del criterio particular de los mandatarios, sea ejecutivo, legislativo ó judicial, contra las reglas que deben regir su mandato y porque así se principia por abrir y allanar el camino, para que cualquiera entidad desgraciadamente mal inspirada, interpretando caprichosamente é interesadamente, pueda alzarse mañana con la suma de los poderes públicos en la mano, dando al país una ingrata sorpresa y al mundo ilusionado con nuestra cantada civilización y prosperidad, un inesperado desengaño.

Si en el camino que hemos andado a pasos de gigante, se impone en verdad y en justicia una reforma que consulte los intereses generales, en buena hora, señor Presidente, procedáse a esa reforma que reclama la ley del progreso cuyas corrientes debemos de seguir sin vacilaciones; mas, en ese caso, tómese el camino correcto, el camino regular, el camino que todo el mundo está obligado a respetar, porque es el camino de la ley: propóngase la reforma y convóquese una convención, pero no hagamos prevalecer la idea rompiendo las puertas, horadando las murallas que defienden nuestra estabilidad, sobre todo en un punto tan fundamental como es la piedra angular sobre la cual se ha de levantar el procedimiento que se ha de seguir para la formación de los poderes públicos creados por la Constitución. No forcemos, pues, la letra y el

espíritu de nuestra carta fundamental sobre cuya integridad debemos velar como si fuera arca santa dentro de la cual se guarda el sagrado depósito que selló la unión nacional, el sagrado depósito de nuestras libertades, de nuestros derechos públicos y privados.

Ninguna fuerza de opinión puede ni debe prevalecer contra los principios constitucionales; ningún funcionario, ningún ciudadano, por mucho que conceptúe sus teorías personales brillando sobre los preceptos constitucionales, puede justificarse conculcándolos, porque faltando así á la primera ley de la Nación, faltando al juramento que ha prestado para asegurar su fidelidad, se constituye en un revolucionario que se alza contra la soberanía, contra la voluntad nacional para colocar su trono fuera de la órbita institucional.

No es posible, señor Presidente, ya en estos tiempos de tantas experiencias políticas suggestionar los espíritus con la magia del sofisma; habrá partido que callará, porque la reforma convendrá á sus intereses, pero el agravio á la Constitución tendrá que repercutir y quedará protestado en la conciencia íntima de todos y cada uno de los ciudadanos, que guardarán allá en el fondo de su alma argentina un sedimento de profundo desencanto respecto á todo lo que se refiera á la fiel y leal aplicación de nuestros principios y verdades institucionales.

Señor Presidente: en el curso de las improvisaciones se escapan algunas veces ideas que hay que colocarlas después en su lugar. Se ha dicho en alguna parte que el presidente de la República, es como un Dios. El Presidente de la República es el mas alto funcionario del país, á quien se deben todos los respetos y todas las consideraciones anexas á su alta investidura. A Dios nadie tiene derecho para pedirle cuenta de sus actos, porque es soberano á título propio del universo entero, pero en la nave del estado, cuya tripulación la constituye el pueblo argentino, éste tiene el derecho de saber dónde lo lleva el capitán que ha consagrado, si le lleva al puerto de su destino á estrellarlo contra las rocas ó á sumergirlo en alta mar; en política los interrogantes, los misterios y las incógnitas podrán tener su exponente en los regímenes autocráticos,

pero no se armonizan con nuestro temperamento político ni con nuestro sistema democrático; y es justamente uno de los estados ó situaciones que más perturbaban en la vida de los pueblos y en todo, la falta de seguridad en el derrotero que se ha de seguir, la falta de firmeza en el terreno que se pisa, la falta de principios y de verdades estables que á fuerza de primar en su aplicación concluyan por regir las voluntades formando una norma y un criterio que consolide la confianza pública; la inercia con su cristalización mortal; las incertidumbres con sus experimentos sucesivos mantienen en continua agitación á las sociedades alejándolas de esa paz y de ese bienestar que es la suprema aspiración institucional del país; cada nuevo proyecto hace concebir nuevas esperanzas, y en la prueba cada ensayo trae una nueva decepción, y sobre todo la producirá este sistema de la lista incompleta que mantendrá en continuas perturbaciones á las provincias, provocando continuas intervenciones; que será el roce, el choque de lo positivo y negativo definido, produciendo incesantemente la centella que ha de calcinar destruyendo las entidades autonómicas de los estados argentinos.

Estos efectos tendrá que experimentarlos en primer término el mismo Poder Ejecutivo que tendrá que soportar de continuo el choque violento de tendencias encontradas, luchando incesantemente y tenazmente por prevalecer y triunfar.

Señor Presidente: al expresarme en esta forma, no me ha guiado ningún espíritu de obstrucción, no me habría colocado, así, á la altura en que debiera estar cuando se trata de asuntos que afectan tan intensamente los intereses políticos del país.

Si se me llegara á probar que la lista incompleta es constitucional, lealmente lo confesaré dando mi voto á su favor pero de lo contrario, ¡no!, porque en mi concepto faltaría así á la primera ley de la nación y con ella á mi juramento y á mi mandato!

He dicho.

—¡Muy bien!

**Sr. Olacchia y Alcorta**—Pido la palabra.

Me doy cuenta de que esta honorable Cámara está fatigada, pero me creo en el deber de pronunciar unas breves palabras.

**Sr. Láinez**—Podríamos pasar á cuarto intermedio hasta mañana.

**Sr. Olacchia y Alcorta**—No tengo inconveniente.

**Sr. Presidente**—Invito al honorable Senado á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace, siendo las 7.10 p. m.

**ARTURO PARODY,**  
Director de Taquígrafos.